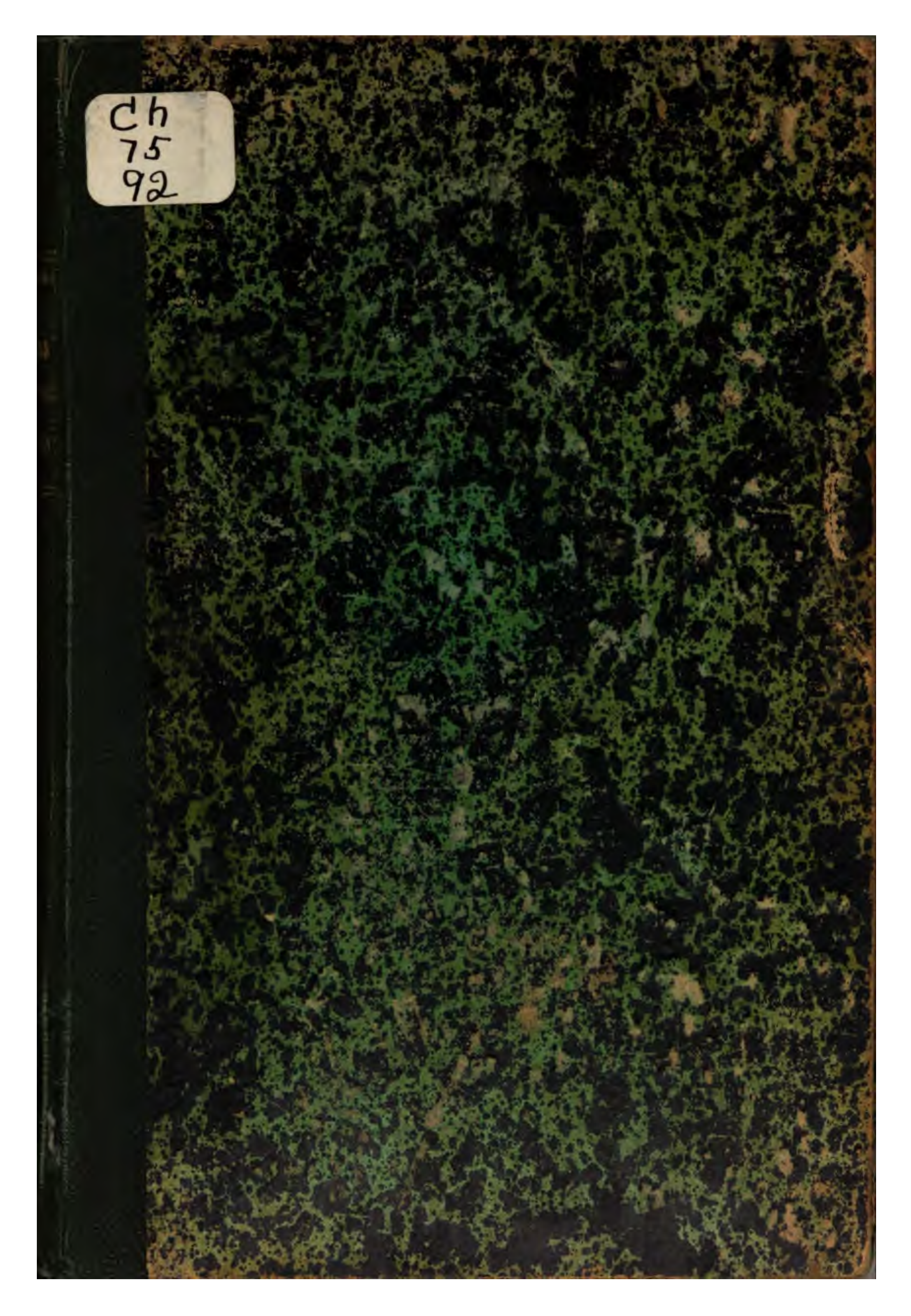
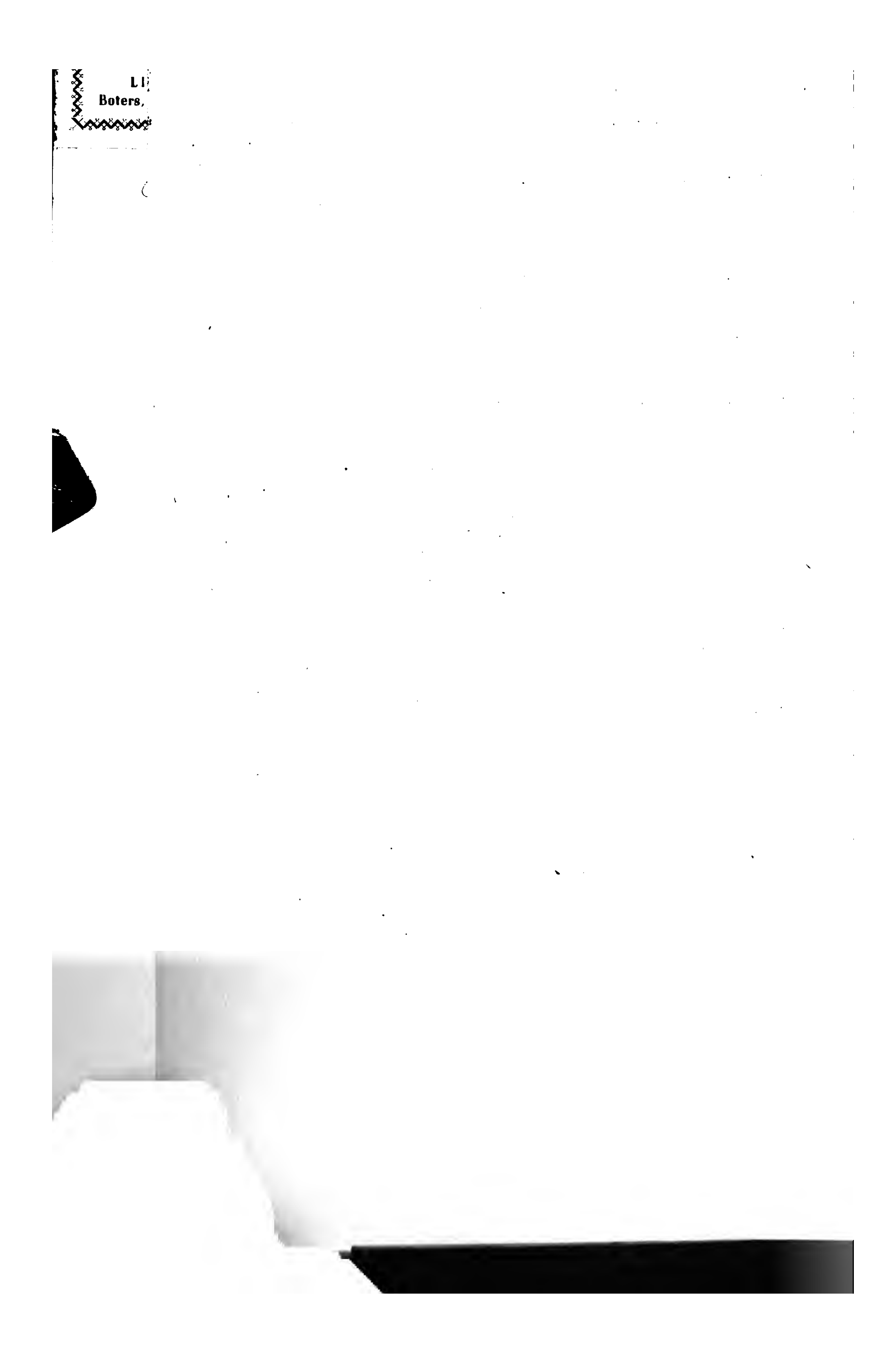

Ch
75
92


L I
Boters,



CARTAS DE CHINA Y JAPÓN

CARTAS

DE

CHINA Y JAPÓN

POR EL

P. M. S. M. S. J.

1891-92



MANILA

ESTAB. TIPO-LITOGRÁFICO DE RAMIREZ Y COMPAÑIA
Magallanes, 1 y sucursal Escolta, 12.
1892

CARTAS DE CHINA Y JAPÓN

CARTA 1.ª

R. P. Pablo Pastells S. J.

R. P. Superior: En mi última carta al P. Saderra Masó, prometí escribir á V. R., desde el momento que me constase del arribo de mis cartas á su destino. La condición se ha cumplido poco después de hecha la promesa, *ecce adsum* para cumplirla. Me forjo la ilusión de que nada sabe V. R. de nuestra salida de Manila, y estancia en Hong-kong y Macao, para ordenar así mejor la historia de nuestra expedición.

Embarcados en el «Don Juan» por los PP. Torra y Cirera, apenas llegado el capitàn D. Rafael Beltrán (mallorquín), vimos desaparecer la multitud, quedando solos con la tripulación, el H. Galí, Juan de la Cruz y el que suscribe, más algunos chinos en la proa. De lo que el viaje sería, algo me hizo temer la circunstancia de ir el buque sin carga, como una cáscara de nuez.

Se maniobró largamente en el rio, para zafarnos de los obstáculos que nos impedían virar con libertad, lo cual obtenido, entramos en bahía sosteniendo un pequeño desafío de velocidad con el «Alerta», provocado por unos

amigos que venían á decirnos adiós. Vencido el pigmeo, empezamos nuestra marcha regular: con el dia desaparecìa la silueta de Manila, y sus luces con la distancia se escondían, mientras la del faro de Corregidor con sus eclipses intermitentes, brillaba cada vez màs. Esta observación de luces tenía lugar durante la comida, para mì excelente, pues, no sé por qué resorte se abriò mi apetito, tan cerrado dias antes, que á todo me hacía.

A la verdad fué providencial este tente en pié, pues debían seguirle dos dias de ayuno riguroso y forzado. El tiempo bonancible que nos llevaba en demanda de Boca-Chica, no nos permitía prever tanto, ni tan rápido cambio, como experimentamos al doblar el Mariveles. Serían poco más de las 9 de la noche, cuando nos retiramos de cubierta, y ya no me fué posible asomarme para ver el mar hasta la mañana del domingo. Tanto el H. Galì como yo, únicamente en la litera nos sosteníamos: sólo Cruz pudo correr aquellos dias no sin pagar algun tributo al mareo: el Hermano afirma no haber padecido tanto en Guardafui.

En fin, amaneció el lúnes 7 hallándonos contra nuestros cálculos bastante lejos de Hong-kong, gracias á las peripecias de los dias anteriores: v. gr. desperfectos de máquina, golpes de mar, que hacían entrar el agua sobre cubierta por el costado opuesto, y otras bromas semejantes. Uno de los primeros objetos que se divisaron, fué el cadáver de un pobre chino ahogado; sin duda era una de las mil y tantas víctimas que ocasionó el vendabal sentido en Hong-kong el dia 3, y luego en el Mar de China.

El retraso sufrido no dejó de ser ventajoso para satisfacer nuestra curiosidad, permitiéndonos perfectamente hacernos cargo de la entrada y situación de la colonia inglesa. Mucho tiempo antes que divisáramos las primeras crestas, veíamos ya cerca de nosotros varios champanes que venían pescando por pares con su aparejo de redes, que semeja al «bou» de nuestras tierras.

Estos pescadores chinos pasan dias, alejados tal vez cien

millas de las costas; ¿cómo no han de perecer durante un bàguio? Sus embarcaciones tienen la forma de un pato, remos por ambos lados y el principal en la popa, lo que và dentro, ¿quién lo sabe? En ellas trabajan ó enredan todos: hombres, mujeres, niños y viejos. Otros champanes hay más pulidos y reducidos, que sirven en el puerto para trasporte de viajeros: tienen unos cuantos asientos y lugar para carga, siendo movidos únicamente por el remo de popa.

Situados en el puente del «D. Juan», la mar ya más tranquila, dejábamos á derecha é izquierda islas, islotes y rocas, que hacen de la entrada de Hong-kong un verdadero laberinto. Divìsanse sobre los picos numerosos faros, á pesar de los cuales, las nieblas ocasionan no pocas pérdidas, como la casi reciente del «Nanzing», el cual dió contra una roca que los marinos á nuestro lado nos mostraron. No tardamos en divisar por la parte de estribor, los célebres diques constructores del «Filipinas» y los «doks», el pueblo chino, donde los ingleses decapitaron á los 15 presuntos piratas del «Namoa», y por fin, el barrio de Kowloon donde se halla el Observatorio.

La isla de Hong-kong, como las otras que la rodean, es una montaña sin apenas llanura alguna, y sólo la playa ofrece ciertos recodos llanos: el zapapico debe hacer lo demàs. En ella ibamos descubriendo, ya una refinería de azùcar, ya unos sepulcros chinos, más allá unos almacenes, y luego, por entre abundante follage, producto de la constancia anglo-sajona, los infinitos edificios que constituyen la «Victoria City» coronada por los hoteles y vigía dèl renombrado *Pic.* A la verdad me llevé chasco; no me figuraba la ciudad como es, ni de mucho: su situación se explica comparándola á un botiquín de nuestras enfermerías: gradas y más gradas con sus potes, hasta rematar en punta. No quiere esto decir que el panorama, que á la vista se presenta, no sea admirable y bello. Anda el buque silbando por entre infinitos champanes y vaporcitos, que como los pececillos de una cría corretean al rededor de los grandes trasatlánticos: aqui la marina de guerra inglesa, con su

almirantazgo y hospital: (allá la «P. and O.») al otro lado tiene sus boyas la mala francesa, la alemana y la americana y las compañías A. B. y C. tienen sus puntos donde amarrar, y en frente de esta ciudad flotante se destacan los magníficos edificios de la «City», unos encima de otros como aglomerados, á fin de mejor descubrir los innumerables palos que del fondo del mar se levantan. Para manifestar la impresión que el conjunto me causó, basta decir que à pesar de mi debilidad, me sentí con fuerzas para montar la cámara oscura, y sacar dos pruebas apenas echamos el áncora.

En esta ocupación nos halló el R. P. Francisco García O. P., compañero del R. P. E. Torres, que por órden suya vino á buscarnos, y à acompañarnos á la Procuración, donde nos aguardaban para comer. Para complacerle sin desairar al Capitan del «D. Juan», que se sentaba entonces á la mesa, tomamos un *pisco-labis,* nos despedimos del buque, y metidos en un champàn, á los pocos minutos tocábamos tierra. No hubo más remedio, fué necesario tomar sendas sillas de andas, y en hombros de dos colies ser subidos en procesión por aquellas calles hasta unos 70 metros sobre el nivel del mar. En «Caine Road» número 12 paramos, y después de lo que llevábamos de subida, nos faltaba aún una buena escalinata, antes de ser objeto de la amabilidad y caritativa acogida que nos aguardaba. A la puerta, en que se apoya la gradería, agrupábanse para recibirnos cuatro cabezas á cual más barbuda; el infatigable y bondadosísimo P. Torres, con su hábito dominico, ut sic, el P. Herce, misionero de Formosa vestido á lo chino, el P. Vice-rector del Seminario de Macao, sacerdote secular con traje talar, y por último nuestro P. Gonçàlves S. J. ¡Con qué afecto nos dió un abrazo!

La sopa estaba puesta, no debíamos detenernos más, y doy por supuesta la animación que en la mesa y quiete reinaría. Nuestras aventuras de viaje y las que suponíamos ocurridas al Iltmo. Sr. Obispo de Macao (Sr. Madeiros), que aguardaban los PP. Portugueses, nos entretu-

vieron gran parte; y no poco también la cuestión del juramento, que debe hacer todo misionero que pisa tierra china, conforme á la bula *Ex quo* de Benedicto XIV.

No llegando el prelado que esperábamos, fuimos á presentarnos al de Hong-kong Mrg. Raimondi, al cual no pudimos ver por hallarse confesando en la Catedral. En ella entramos para asistir á la novena de la Inmaculada, que con sorpresa oí que se hacía en portugués; es que los católicos de la catedral son comunmente lusitanos; los ingleses tienen otra iglesia.

Al salir del templo, una hermosa luna convidaba á presenciar la *victoria* que su creciente claridad reportaba de un sin número de potentes focos eléctricos de singular perfección. Para gozar del espectáculo, el P. Herce me llevó á unos jardines, en los cuales, si hay que admirar el esfuerzo humano en sus efectos, el religioso no puede menos de alabar á Dios en sus criaturas. Allí se vé el fruto de la perseverancia inglesa en el trabajo: tal vez el Señor premia esta buena cualidad con los buenos resultados que allí se obtienen. En resumen bonito era el jardín, buena la temperatura, admirable el panorama; pero nos aguardaba la cena, era preciso llegar á tiempo. Aquella noche se descansó bien, y amanecimos el dia siguiente, fiesta de la Inmaculada.

Sin duda la debilidad producida por mis trifulcas pasadas, había (azàs) impreso sus huellas en mi rostro; pues su vista hizo exclamar al Iltmo. Sr. Madeiros: *el Padre es ben magriño*. La llegada de este Señor por la mañana, y su marcha por la tarde, me proporcionaron un dia de descanso que no esperaba, porque de otra suerte, toda la casa debía acudir á la fiesta patronal de los misioneros italianos, y cómo hubiéramos andado, Dios lo sabe. Al cerrar el dia, pasado todo en casa, quedábamos solos con los PP. García y Torres; los otros huéspedes habían partido para sus destinos.

Durante nuestra estancia en Hong-kong, llegaron dos personajes dignos de mención: el nuevo Gobernador de la colonia y un mandarín militar de Cantòn.

El primero venía de los Estados Unidos, y estaba anun-

ciado su desembarco para las 11 a. m. del 10; pero habiendo fondeado el buque muy de mañana, á las 8 empezaron ya los polizontes sus movimientos para la recepción. Tambien nosotros nos echamos á la calle para participar del entusiasmo colonial y, si bien éste no llegó á sacudir nuestras fibras cívicas, el paseo que dimos fué de provecho. En efecto, pudimos ver con esta ocasión formadas en cordòn las diversas compañías de policía de la ciudad. Son tres: europea, indostana y china. La primera se compone de muy buenos mozos, la segunda de mozos altos con porra al cinto y turbante rojo hasta el cogote, y la tercera de chinos patudos y mal forjados, aunque llevan buen vestido: era cosa de ver, ¡cómo se escuadraban!

Haciendo tiempo, como se dice, nos acercamos al puerto, donde conocimos el modo singular que tiene el Gobierno colonial de ensanchar la playa con economía. Avisa al propietario de las casas situadas junto al mar que el Gobierno vá á proceder á la ampliación del puerto por su cuenta: sin embargo atendiendo à los derechos adquiridos por los propietarios mencionados, les concede la propiedad de los terrenos que ganen al mar, con tal que cuiden ellos de rellenarlos, de lo contrario serán del Gobierno. Más tarde oí decir que el Gobierno cuida de los trabajos, y para la venta de los terrenos da preferencia á los dueños. Fácil es imaginarse los efectos: uno de los resultados, sin embargo, parece haber sido la ruina de varios capitales. La lápida conmemorativa de la inauguración de las obras anteriores, yace en un rincon de la playa por no haber querido asistir á la fiesta el Ex-Gobernador de Hong-kong Mr. William des Vœux, mientras en ella campeasen las ceremonias masónicas, que anunciaba el programa.

La imaginación se transporta inmediatamente allende los mares, contemplando los magníficos edificios que forman el *Bund,* ó sea, calle, á lo largo del puerto. Entre ellos sobresale el que alberga las oficinas del «Hong-kong Banck»: es una mole digna de una catedral europea, su interior es espacioso y de buen gusto, su cúpula esbelta

y su estilo clàsico: los filipinos echan poco menos que à correr, si al estar en el interior, se les ocurre la idea de un temblorcito.

En fin, dando vueltas de acá para allá admirando, estudiando, aprendiendo de todo algo, llegó la hora de poner piés en tierra S. E.. Hong-kong no es Manila: así es que ni el ceremonial, ni la aglomeración de gente exceden los lìmites de la seriedad inglesa: apenas si se oyeron los acordes de una banda; á los cinco minutos, las diversas comisiones y personajes reunidos en el pantalán, se separaban marchando precipitadamente à sus negocios momentàneamente interrumpidos, *et voila tout*.

La estancia del mandarín mencionado sólo producía movimiento entre los chinos, que se aglomeraban en gran número donde quiera que se hallaba aquel jefe; no se necesitaba más para conocer el paradero de dicho Señor. Así conocimos que se nos acercaba cierta tarde, al dirigirnos á la estación del ferro-carril del Pic, y le aguardamos, pues nos picaba la curiosidad de verle á él y su compañía. Iba precisamente à hacer su presentación oficial al Gobernador y nos hallàbamos frente à la entrada del Palacio. Después de la indispensable avanzada de chiquillos, grandes y pequeños, venía el mandarin llevado por cuatro colies en silla cerrada. Le precedían dos chinos, ostentando el primero un gran farol, y el segundo un gran abanico *sui generis;* seguía à los dos anteriores otro chino distinguido con el boton de cristal, montado á caballo, viniendo detrás la silla escoltada por numerosos chinos. La guardia de Palacio no estaría advertida, puesto que un... alto...! pronunciado á deshora, hizo que el chino caballero se apeara, corriera, chillara y por fin, franqueara el paso cerrado.

Dejamos nosotros esa comparsa, para seguir nuestro camino al ferro-carril del Pic. Es el Pic, la cresta más alta de las sierras que forman la colonia inglesa. Su situación elevada en medio del mar, al tiempo que le proporciona un panorama bellísimo, parece ofrecerle las garantías más

lisonjeras de salubridad. De aquí el afàn de levantar allí cómodas viviendas, para huir del comercial ruido y entregarse á los juegos atléticos, que tanto gustan al inglés. Algo, sin embargo, debe haber enseñado la experiencia, pues el primitivo entusiasmo un tanto decaido, ha proporcionado ya tristes desengaños á los propietarios de aquellas alturas. Y como quiera que para subir á ellas se debe rodear mucho, ó á pié, ó en hombros ajenos, existe una vía férrea recta, por la cual sin rodeos suben á los viajeros (como suspendidos de un recio cable, que una máquina de vapor arrolla ó desarrolla, segun que el coche sube ó baja: este es el ferro-carril célebre del Pic) Durante la travesía que conduce de Kowloon á Hongkong, es cuando aparece lo atrevido del sistema de locomoción; no se vén màs que las cubiertas de los trenes subiendo y bajando, como hormigas por una pared.

Nuestro guia, el caritativo P. García, con muy buen acuerdo, sin duda creyó que teniamos suficientemente probado nuestro valor, y asi nuestra retirada se hizo despacio, corriendo un laberinto de buenas sendas, que relacionan entre sí y con la ciudad las quintas caprichosas, edificadas sobre aquellas rocas. ¡Qué deliciosa variedad recrea la vista en los momentos de descanso! Declina el sol y colocados nosotros en la vertiente oriental del monte, tenemos perfectamente iluminada la playa continental de China, á una ó dos millas de distancia. Vense allì los famosos diques y los docks, un gran puesto de policía y otra vez numerosas quintas y también allá en una hundida colina el Observatorio. El terreno en que lo dicho se divisa, es de la concesión de China al Gobierno inglés y le llaman Kowloon. El brazo de mar que teníamos en medio es el fondeadero.

Visité el observatorio el dia 10 con el H. Galí y nos introdujo el Cónsul de España D. Enrique Ortiz y Pi. Fuimos primero en dirección de la torre donde se izan las señales, la cual está cerca de una oficina de policía y dista bastante del Observatorio. En éste, nos recibió el Director Sr. Doberck, con amabilidad y atenciones. Mostrónos

detenidamente su anteojo de pasos, con lo concerniente á la determinación del tiempo y varios aparatos para los copistas. En instrumentos meteorológicos, tiene buena colección, si bien deja que desear el local donde están instalados los barómetros, pues por ser fotográfico el barógrafo, están todos en tinieblas. Me gustó la situación que ocupan en el suelo algunos termómetros y pluviómetros. El pabellón para observaciones magnéticas está situado á buena distancia, sobre un alto rodeado de pinos: sus aparatos son los de Elliott y Dover, pero no los tienen de variaciones. Aquí hicimos observaciones el dia siguiente mañana y tarde. El Sr. Doberck no conocía nuestros aparatos Brunner, de los cuales parece que le hizo un elogio su Segundo, encargado allí del magnetismo; los examinó, y dijo le gustaban mucho. Me invitó á reanudar la interrumpida correspondencia entre los dos Observatorios de Manila y Hong-kong, prometiendo de su parte secundar mis deseos.

El haber terminado las observaciones en un día, me decidiò á visitar los PP. de Macao; pero antes de marchar allá diré algo más de Hong-kong, y de Hong-kong religioso.

La administración espiritual de los católicos en esta colonia, corre á cargo de los PP. de las Misiones Extranjeras de Milàn. Gobierna la Misión el Iltmo. Vicario apostólico Sr. Dr. D. Juan Raimondi, auxiliado de los Pro-Vicarios P. Burghignoli, P. Luis Piazzoli y P. Maria Pietro, con otros misioneros italianos é indígenas. Existen, además de la Catedral y la iglesia de S. José, otras dos que no visité. La Catedral se vé concurrida generalmente por los católicos portugueses de Macao, que son muchos y no pudientes. Está situada en la «Caine Road», donde también están establecidas las procuraciones de los PP. de las Misiones Extranjeras de París y la de los PP. Dominicos españoles, al lado del Colegio de las Hermanas Canocianas. Es este Colegio un mundo, màs que por lo grandioso, por lo numeroso y variado de los moradores. Las educandas son externas é internas, y existe otra sección de huérfanas de origen blanco, separada de las anteriores: tienen tam-

bién allì su sala las cunas de la Santa Infancia, y remata el cuadro un departamento casi arqueológico de chinas viejas, ciegas, chochas etc. etc. que al oir la voz de la Superiora, la abrazaban, la besaban y se arrodillaban à sus piés para adorar la cruz que las religiosas llevan pendiente del cuello: todas estas gentes tienen su ocupación, y la dan à las monjas, ejercitando mucho su paciencia y caridad.

No vi el colegio de Monjas de St. Paul de Chartres; pero sí, el de los Hermanos de la Doctrina Cristiana: su posición es la màs linda de la ciudad. Es cierto que, para llegar à él, débense subir un sin número de gradas; mas paga bien el trabajo, el hermoso panorama que los ojos desde su galería descubren. Algo reducidas son sus piezas, aunque no seràn anti-higiénicas por ser cómoda su ventilación. Entre los alumnos había buena representación filipina, habiendo sido pianista y premiado con el 1.º en conducta, el ex-ateneista Balbino Villanueva. Estos establecimientos, no obstante ser sustentados por los católicos principalmente, deben sujetar sus alumnos y alumnas à los programas y exàmenes gubernamentales: à su vez disfrutan de los premios y títulos à que puede aspirarse en Oxford.

El Iltmo. Sr. Raimondi, ante quien hice el juramento consabido, se acuerda todavía del P. Doyle, y màs particularmente del malogrado H.º Luyken, de quien cuenta con ternura, haber recibido una carta anunciándole la proximidad de su muerte inevitable, despuès de recibidos los últimos Sacramentos.

Voy à terminar; pero antes ahí va una historia. Sabido es que en Hong-kong, como en toda colonia inglesa, abundan los misioneros protestantes de todas sectas. Entre ellas existe una que tiende à la unión de todas y por esto se titula «Uniòn Curch.» Un dìa la Catedral católica hubo de quedar cerrada para repararla, y los Sres. Pastores del «Uniòn Curch», sumamente atentos con el Iltmo. Sr. Raimondi, le ofrecieron su templo para

poder oficiar en determinados dìas y horas, partiéndose el tiempo como buenos hermanos. ¿Qué le parece à V. R.?

Hasta otra se encomienda en los SS. y OO. de V. R. su ínfimo siervo en Cristo.

M. S. M. S. J.

Hong-kong 12 de Diciembre de 1891.

CARTA 2.ª

Abordo del «Yang-Tsé» 18 de Diciembre 1891.

R. P. Pablo Pastells.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Decía en mi anterior, que el haber despachado las observaciones magnéticas en todo el dia 11, me decidió à satisfacer los deseos de nuestros PP. de Macao. Al efecto, nos embarcamos el 12 à las 2 p. m. para aquel puerto, los tres expedicionarios. Los vapores que explotan esta línea y la de Cantón son hermosísimos. Admiten tres clases de viajeros: la 1.ª y 2.ª se dividen la cubierta convertida en grandes salones, teniendo además encima una toldilla corrida de proa à popa muy amena. El espacio destinado à los viajeros de 3.ª clase, ò sea, chinos de poco màs ó menos, es una bodega que se cierra en el puerto de salida para no abrirse hasta el de llegada, siendo además custodiada por gente armada, la puerta de aquella que llamaré cuadra de colies: ¡tanto hay que fiar de los chinos!

Salimos à las dos en punto corriendo entre islas y tierra firme unas tres horas. La brisa era fria, la mar ligeramente rizada, los montes como los de Hong-kong poco menos que pelados. Vense únicamente uno que otro grupo de casas chinas, algunos sepulcros y algunos arbustillos de poca ele-

vaciòn. Cuando dejamos la estrechura del canal, se presentaron por la proa de nuestro buque, un sin número de champanes pescadores, que nos distrajeron hasta divisar los primeros puntos de la Colonia Portuguesa, nunca cedida, según creo, por la China à Portugal. Unos 60 minutos antes de atracar puede ya distinguirse el faro lusitano, y luego, por entre dos colinas, se vislumbran los principales edificios de la antigua ciudad, orgullo de Portugal, emporio *quondam* del comercio oriental, y centro del movimiento apostòlico en las tierras de Levante. Hoy la inacciòn es su caràcter: si algún movimiento tiene, el juego se lo da, y el tràfico brutal de la exportaciòn de chinos. Macao portuguesa desaparece, y sus calles se pueblan de chinos que la invaden y la hacen suya.

De las dos mencionadas colinas la del E. tiene el faro, la del O. se ve coronada por la Ermita de N. S. de Peña, donde el màrtir japonés P. Francisco Marquez S. J. hizo una novena para conocer su vocaciòn. Doblado este cerro, entra el buque en el fondeadero de la rìa, y queda la poblaciòn en frente. Es el puerto digno de mejor suerte; se ciega el canal, y el gobierno no permite el dragado, que los Macaos portugueses con su proverbial gallardía, ofrecen pagar de su bolsillo.

Eran màs de las cinco de la tarde cuando atracados al pantalàn nos recibiò el P. Juan Gonçalves S. J. y nos condujo al Seminario de S. José, antigua morada de nuestros PP., donde tantos màrtires residieron. Aquí fuimos recibidos por el Iltmo. Sr. Obispo, P. Nunhes S. J., y P. Gonçalves, Vice-Rector del Seminario con muchísima màs caridad que merecíamos, y con la misma fuimos tratados durante nuestra permanencia.

En este Seminario nuestros PP. viven llamados por el Sr. Obispo, y como si fueran profesores particulares. Esto no obstante, tienen su capillita doméstica, y en cuanto pueden, viven vida de comunidad. Hacen esto màs fàcilmente por el afecto que les tienen los demàs sacerdotes, salidos en su mayoría de un Seminario de Portugal donde

bajo la direcciòn de NN. PP., se forman los misioneros portugueses de las colonias.

Siendo este establecimiento el único centro de instruccidn secundaria, debe ser forzosamente muy concurrido, como en efecto lo es, y siendo seminario, su educaciòn debe ser clerical, y así no es extraño que los internos anden todos con su sotanita, aún los màs pequeños: los chinos sin embargo, van à la suya. El edificio y sus departamentos son espaciosos: tiene buenos patios y clases, y la iglesia, aunque algo pequeña, es bonita.

En ella se celebraba una novena muy solemne de preparación para celebrar el centenario de S. Luis. Asistían los seminaristas internos de roquete, había exposición durante la misa, siendo muchos los jòvenes y otros fieles que comulgaban. Las mujeres portuguesas en vez de la mantilla dejan caer de la cabeza un manto negro que da al traje de iglesia un caràcter muy modesto. Con ocasiòn de esta novena tuve el gusto de ver por primera vez tocar el òrgano à un chino, y cantar en el coro à varios chinos.

El canto y música de estos era oible, muy distinta era de aquella célebre serenata dada à un mandarìn frente à mi ventana, durante casi toda la noche después de nuestra llegada. ¡Qué fastidiosa!

Poco eran dos días para hacerme cargo de lo que es Macao, y ver sus portentos, atendido que debía dar su tiempo à las observaciones magnéticas, y la visita del seminario debía ser larga. Ademàs de lo que arriba dije de este establecimiento, ví la imprenta de la casa, donde se imprime la «Voz do Creente»: es como la necesitamos nosotros, y total cuesta unos pfs. 2000.

Las observaciones se hicieron en la Ermita de la Peña à medio dia, con cielo sereno, sol brillante y temperatura agradable, lo cual recordando à Manila me parecía un enigma. Durante las dos ò tres horas que observamos nos acompañaron dos misioneros de Timor y un seminarista macaense.

Antes habíamos visitado la gruta de Camoens, una de las pocas cosas que Macao tiene dignas de atenciòn. No quiero decir que se trate de un monumento digno del poeta lusitano: muy lejos estoy de esto, pero es un recuerdo de una antigua gloria. En una especie de pòrtico, formado por tres grandes piedras dos verticales y una horizontal, està colocado sobre una piedra de granito el busto del Poeta. Allí dicen que compuso su poema y varias inscripciones allí grabadas lo atestiguan. Los alrededores forman un variado jardín que, si no estuviese tan cerca de Hongkong, podría llamarse bueno.

Otras dos visitas hice llenas de recuerdos para un Jesuita, à saber: una à la fachada de San Pablo y otra à la reliquia de S. Javier. Era la iglesia de San Pablo, la de nuestra antigua Residencia y casa central de las misiones de China y Japòn. Elevàbase el templo sobre una magnífica escalinata; pero no queda màs que la fachada verdadero monumento arquitectónico é histórico. Todo el edificio fuè devorado por las llamas en un incendio ocurrido poco ha: el frontis que quedò en pié, estuviera ya destruido y sus hermosos sillares y labores sumergidos en el puerto, à no haberlos librado de la piqueta la energía del Sr. Obispo, el cual, dicen, quiere adornar con ésta la fachada de otra iglesia. El centro ostenta el sacrosanto Nombre de Jesús à cuyos lados, en sendos nichos entre columnas, se ven las estatuas de S. Francisco de Borja, N. P. S. Ignacio, San Francisco Javier y S. Luís, si mal no recuerdo todas de bronce; remata en una gran cruz, cuya codicia ocasionò la muerte de un chino que allà arriba subió para robarla. Se nota que una de las columnas està vuelta en gran parte por efecto de los vientos del bàguio de 1874.

La reliquia de S. Francisco Javier pertenece al brazo que le fué cortado al Santo, es de màs de un decímetro de largo, y està custodiada en un magnífico relicario de plata que bien mide de alto màs de medio metro. Se guarda en casa de los piadosos portugueses que costearon el reli-

cario, aunque entiendo ser propiedad de la Catedral después de la salida de nuestros Padres.

Antes de cerrar debo decir à V. R, que la caridad de los PP. del Seminario de S. José se extiende mucho, hasta ofrecer su morada para enfermerìa de nuestra Misión y à la verdad, el clima parece bueno, la topografía bonita y la compañía muy agradable. El R. P. Vice-Rector nos dió una última prueba de su amabilidad y afecto, acompañàndonos al vapor que debía restituirnos à Hong-kong à las 8 a. m.

Hasta otra se encomienda en los SS. y OO. de V. R. y de ambas comunidades el último de sus individuos é ìnfimo en Cristo S.

M. S. M. S. J.

P. D. Puede V. R. dar por rechazado el proyecto de rodear por Marianas, Carolinas etc. etc. Desde Hong-kong el vapor francés «Yang-Tsé» nos lleva à Shanghai, donde á la vuelta del Japòn nos serà màs fàcil hallar los medios de hacer las escalas pretendidas en las costas de China. A pesar de las buenas condiciones del buque empiezo à cargar de ropa contra el frío: Juan de la Cruz me dió no ha mucho la fresca noticia de que sobre cubierta la temperatura era inferior à la mínima anual de Manila: el termómetro marcaba 15° sobre *cero!*

CARTA 3.ª

Shan hai, 30 de Diciembre de 1891.

R. P. Pablo Pastells S. J.

Mi muy venerado en Cristo P. Superior: Cada vez que tomo la pluma, para escribir à V. R. según le prometí, me va pareciendo màs serio el compromiso contraido, pues, veo que voy convirtiéndome en *escribidor* de viajes, género que me es poco simpàtico: nada, lo del P. Rodrìguez, de tres cosas hablé mal y .... empezemos.

Doy por supuestos los episodios de mar ocurridos à bordo del «Yang-Tsé», haciendo constar que su Capitàn me honró con sus simpatías, mostràndome sus hermosos trabajos fotogràficos ejecutados en su camarote. Por lo demàs el frío no me conoce ya, me trata como à enemigo, obligàndome à permanecer lo màs encerrado que puedo. En 24 horas perdimos 10 grados de temperatura, de suerte que, al llegar à Zi-ka-wei el dia 20 del corriente, era cosa de helarse, ¡nada màs que 5.º grados sobre cero! Tal vez me hacía màs sensible al frío el recuerdo del acto literario, que en aquellas mismas horas debía celebrarse en el claustro de mi amada Escuela Normal de Manila: espero noticias.

Desde anteayer estoy à las òrdenes del médico Sr. Ride, quien espera ponerme en condiciones de proseguir mi viaje

con felicidad, si me detengo aquí una semana màs, *et factum est ita*, y para atenderle mejor, he dejado en Zi-ka-wei al H. Galí con Juan de la Cruz, y yo he trasladado mis reales à Shanghai, Iglesia de S. José casa de procuradores y enfermos de la Misión, donde me tiene V. R. como uno de tantos. Esto me proporciona la buena ocasión de poder ser màs extenso y exacto en mis narraciones, que empezaré declarando lo que es esto, digo, Shanghai y Zi-ka-wei.

Shanghai se levanta en la margen izquierda del río Hoang-po, el cual vierte sus abundantes aguas unos 50 Km. màs al N. en la desembocadura del Yang-Tse-Kiang. Es ciudad de unos 360.000 habitantes, según datos estadísticos (que à la verdad supongo poco fidedignos en China), y tiene cuatro nacionalidades, à saber: China, Francesa, Inglesa y Norte Americana. En 1843 se abrió este puerto à los extranjeros y por tratados *ad hoc*, obtuvieron Francia, Inglaterra y Estados-Unidos, determinados terrenos, en los cuales pudiesen los extranjeros edificar y ser propietarios, lo cual no es factible fuera de estas llamadas *concesiones*.

Cuando se llega à Shanghai, yendo contra la corriente del río, se encuentra en la ribera derecha, primero, la Concesiòn Americana, la cual se distingue por sus grandes depósitos y algunos edificios destinados à las casas navieras y consulados. Luego, unida à la Americana por el puente llamado de los *Jardines*, comienza la Concesiòn Inglesa, presentando sobre el hermoso Bund un variado conjunto de elegantes palacios, que recuerdan el ensanche de Barcelona. En su mayor parte estos edificios albergan las grandes compañías bancarias y comerciales, alma del movimiento y actividad de Shanghai. A poco màs de un kilómetro del puente mencionado de los *Jardines*, hàllase otro puente que facilita el paso al otro lado del riachuelo ò estero Yang-King-Pang, donde se halla la Concesión Francesa. No le faltan buenas construcciones, pero el tener al lado el Bund inglés le hace desmerecer mucho. Por último, separada por tradicionales murallas y puertas, encuéntrase la ciudad china,

indescriptible aglomeración de todo género de vivientes y basura.

Lo que dejo escrito, se refiere tan solo à la parte de las concesiones que mira al Hoang-poo: lo restante tiene muy buenas calles con expendios, bazares y tiendas de gran lujo. La policía de las naciones concesionarias obliga à los chinos, en mucha abundancia establecidos bajo los pabellones extranjeros, à la limpieza que de ellos puede esperarse: y algunas de las casas chinescas tienen fachadas doradas (de arriba abajo), con acabados modelos de escultura oriental. Un peligro constante hay para los transeuntes, y son los estupendos y numerosos anuncios chinos colgados por doquier. Ahí tiene brevemente V. R. lo que es la ciudad de Shanghai, en su parte topográfica y material de la poblaciòn. Su modo de Gobierno es singular y diré de él, lo que recuerdo.

Por de pronto los Cònsules de las naciones no concesionarias, como en todas los demás puertos abiertos, asumen el derecho de juzgar las diferencias entre súbditos de su bandera. Los Cònsules de las naciones allì radicadas, tienen atribuciones generales, y los Municipios son los que tienen à su cargo la policía y buen orden de la ciudad. Estos son dos, el Francés y el Inglés: el Francés se compone de siete indivíduos de los cuales cuatro deben ser franceses y los restantes elegibles de entre los extranjeros radicados en la concesión y de renta determinada. En el Municipio Inglés està también incluido el Americano, pues por un convenio, al que no han podido hacer adherir à los franceses, se unificaron. El Cabildo Inglés-Americano se compone de nueve sujetos elegibles de entre todos los moradores de las respectivas concesiones, con tal de estar registrados y pagar cierta contribución. A los Municipios corresponde, como dije, el gobierno de la ciudad; y así distribuyen las cargas, cobràn las contribuciones, atienden à la seguridad pública, y al ornato. De ellos dependen los cuerpos de policía: dos, chino y francés en la concesiòn francesa; y tres, chino, inglés y cipayo en

las otras inglesa y americana. Como es natural, de los adelantos de una comunidad disfrutan à menudo las otras: así, las señales del tiempo se deben à los franceses y las aguas filtradas à los ingleses: éstos tienen un magnìfico jardìn botànico y un museo de historia natural: aquellos por medio de los misioneros proporcionan buenos centros de instrucciòn y caridad.

Nótese que para juzgar á los chinos, que delinquen en las concesiones, hay dos tribunales mixtos de europeos y chinos: ¡en todo han de ser singulares!

Para comprender la importancia comercial de Shanghai, basta tener presente, que en este puerto se reunen los mercados europeos, americano, chino y japonés. El Hoang-poo se ve surcado constantemente por toda clase de banderas: sus innumerables pantalanes pocas veces se ven desiertos, y el número de buques chinos y champanes atracados á los muelles más meridionales, es indecible. Recuerdo haber leido que el total de buques de todas clases que llegan anualmente á Shanghai, por tèrmino medio pasa de trece mil: añádanse á estos los numerosos remolcadores, lanchas y demás medios de transporte dentro del mismo puerto, y todo ayudará à formarse una idea de lo que aquello es.

En los buques chinos se ve siempre el *Celeste Dragón* amenazando al Sol: los ojos del mónstruo van figurados à uno y otro lado de la arista de la proa con el fin de aterrorizar; y al ver los barcos esos me imaginaba, còmo irìa en ellos nuestro S. Francisco Javier! Curioso es ver los bergantines cargados de madera: amarrada à entrambos costados, llevan tal vez màs carga fuera, que dentro del barco, obteniendo ademàs mayor seguridad en la navegaciòn.

Como medios de locomociòn se ven en Shanghai, bastantes vehìculos de tiro caballar, asì para carga como para pasajeros; pero es más común para éstos, la *jinrikisha* ò cochecito tirado por un hombre. Los chinos sin embargo, siguen con su tradicional *brouette*, con la cual dan muestras de ilimitada confianza los que montan, y de ha-

bilidosa fuerza los que arrastran. Es la *brouette* (nombre francés) un carro de mano de una sola rueda: la diferencia específica consiste, en que la rueda tiene el eje sentado en unos cojines adosados al tinglado que forma el plano principal del carro, al cual divide en dos partes. A ambos lados de la saliente rueda, protegida por algunos palitroques, se coloca la carga ò los pasajeros. Aquella, si es divisible, se divide; pero, si no lo es, se coloca à un lado de la rueda y al otro se carga una piedra, si el brazo del cargador no es suficiente para el equilibrio. ¿Se tratà de un viajero?... pues... lo mismo: si son dos, uno à cada lado, si sólo es uno, es necesario el contrapeso del brazo ò del equipaje ò de la piedra: un desequilibrio cualquiera es fatal, y allí de la gritería china. Este es el vehìculo, que muchas veces nuestros misioneros se ven precisados à aceptar, por no tener otro.

De las afueras de Shanghai apenas conozco el trayecto que va hasta Zi-ka-wei: digo apenas, porque el frío y el viento me obligan à pensar màs en abrigarme que en mirar los terrenos cortados por la carretera francesa que une los puntos mencionados. Esto no obstante he notado que una llanura inmensa rodea à Shanghai: abundan los esteros por los cuales tienen sus comunicaciones los celestes, màs que por vìas terrestres, y son muchas las parcelas ocupadas por las sepulturas en forma de montìculos y esparcidas por todas partes. Como estamos en invierno, no se ve gran vegetación, si bien los resìduos indican haber estado los campos sembrados de algodòn. Habièndome llamado la atenciòn ver las casas de ladrillo forradas al exterior de un tejido de caña, supe luego que se adoptaba este medio, por ser asì màs fàcilmente oidos los ladrones en caso de un asalto. Pero no es cosa de entrarnos por el berenjenal de las costumbres chinescas: volvamos à la ciudad.

He visitado nuestro crucero «Velasco» fondeado en el Hoang-poo, para protejer los intereses españoles en caso de necesidad. En honor de nuestros marinos, puedo decir que

nuestros PP. estàn admirados de su comportamiento. Muy bien nos recibieron y únicamente sentì que, yendo acompañado de extranjeros no fuera la visita en ocasiòn propicia (habían estado de reparos), para admirar la limpieza de costumbre. Esta visita me proporcionò el gusto de surcar por màs de una hora el rìo contra la corriente, pues nuestro champanero chino que antes de entrar en el champàn, nos señalaba con el dedo el barco donde debìa conducirnos, luego nos arrimaba à cualquier buque europeo: para él todos eran lo mismo, «barcos del Occidente.» Estos chinos le obligan à uno à orientarse muy pronto, pues todas las indicaciones suyas acerca los caminos, casas y demàs, se hacen por los puntos cardinales: nunca dicen; à la derecha ò à la izquierda, sino al poniente, al oriente.

Esta mañana (dia 31) he visto la catedral anglicana: es un sòlido edificio de ladrillo, gòtico-inglés, de arcos poco esbeltos. Hablo de él, porque noté en sus ventanales ademàs de la imagen de Jesucristo, las de la Virgen, la Magdalena y me parece que algún otro Santo. El interior estaba completamente enramado, pues aquella noche debía celebrarse el fin y principio de año. Tiene asientos cómodos, grandes chimeneas y un òrgano magnífico. No se admiten chinos.

Basta por hoy y hasta otra se encomienda en los SS. y OO. de V. R. su afectísimo en Cristo.

M. S. M. S. *J.*

———

CARTA 4.ª

R. P. Pablo Pastells.

Zi-ka-wei 7 de Enero de 1892.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Es de suponer que, después de leida mi carta del 30 de Diciembre, se habrà quedado V. R. algo admirado de mi silencio acerca de nuestros Padres y Hermanos, sus casas y otros asuntos, que podrìamos llamar domésticos: todo se andarà, si el palo no se rompe. Ví desde un princicio que para hablar de nuestros misioneros, necesitaba tiempo y estudio, porque hay mucho que aprender y admirar. Por otra parte, lo que llevo escrito en la carta citada, era como preàmbulo para mejor hacerse cargo de lo que me proponía escribir en adelante.

No podré concluir toda la materia en esta correspondencia, pues mañana por la tarde nos embarcamos en el vapor «Saikio Maru» para Yokohama. El médico cree que estoy ya en condiciones de proseguir el viaje con verdadero provecho, y no es cosa de perder tiempo. El frío en aumento, y, lo peor es, con mucha humedad; los compañeros siguen á cual mejor: he venido por ellos à Zi-ka-wei, y para despedirme de la Comunidad, edificante como pocas.

Y à la verdad, pocas pueden darse màs venerables, aunque sólo sea por los sujetos que la forman. Difìcilmente olvidaré la impresión que me producía, siempre que consideraba los trabajos, méritos, ciencia y virtud, tanto de los ancianos como de los jóvenes de aquella santa Misión.

Lo primero que salta á la vista es la continua mortificación y abnegación impuesta por el hàbito, conforme en todo con el de los indìgenas chinos de regular posición. Sòlo viéndolo, se comprende lo que esto significa, y de ello da alguna idea, la necesidad de multiplicar hasta seis ó siete las piezas de ropa que muchos usan, para librarse del frío: del cual es vìctima la cabeza completamente afeitada, excepto la parte origen de la coleta: à ésta la considero como un verdadero silicio.

En la actualidad està ausente el R. P. Superior y ocupa su lugar el P. Luis Chauvin, antiguo militar y doctor distinguido, Profesor *de prima*, actual Rector de esta casa y sus dependencias. Los actos de comunidad son presididos por el Iltmo. P. Valentín Garnier S. J., Obispo Titopolitano y Vicario apostòlico de Nankín, antes misionero en la Guayana francesa y en China desde 1869. ¡Cuànta amabilidad demuestra en su trato! ¡cuànta veneración infunde su aspecto cano, su humildad grave y su amor à la vida de comunidad!

Resulta un grupo admirable el que á su rededor se forma durante los recreos, rodeando una gran mesa. Hoy v. gr., tenìa el Prelado à su derecha al P. Zottoli, P. de Bussy y al P. Ly: à su izquierda estaban los PP. Sica, Rector y Ministro: faltan los PP. Gaillard y Heude que muchas veces adornan el cuadro. Pocas palabras darán à conocer á V. R. su importancia. El P. Zottoli vino á la China en 1848, es Maestro de novicios, y Prefecto de espìritu, tiene publicadas varias obras de literatura china, que le dan nombre universal, y actualmente prepara un diccionario chino, para el cual tiene ya fundidos màs de cuarenta y ocho mil caracteres dis-

tintos ò sean palabras. El P. Cárlos de Bussy, ingeniero antes de entrar en la Compañìa, llegò à Shanghai en 1879, es escritor, posee varias lenguas y tiene fama de músico clásico. El P. Lorenzo Ly, chino de naciòn, entrò en la Compañìa en 1862, es Director del Mensajero del Corazòn de Jesús y de un periòdico que se publican en chino, y ademàs Prefecto del Seminario con otros varios cargos. El P. Luis Sica, si no me engaño, es el decano de la Misiòn y su crónica viviente: desde 1846 tiene sus delicias en China, y á pesar de sus 78 años, todavìa escribe y predica en chino: es el autor de los célebres Casos de conciencia. El P. Constancio Terrien es el Ministro y encargado de la administración espiritual de Zi-ka-wei. Del P. Heude, nada digo por ser ahì conocidos sus profundos estudios en ciencias naturales: por fin, el P. Gaillard es el más joven del conclave, y sin embargo, á él se dirigen en cuestiones de arte, como profesor de dibujo en Hong-Keu y Director de la Escuela de artes y oficios.

Otro grupo se forma en los recreos, al que acuden los amigos de andar; de él conozco menos gente, por haberlo frecuentado menos: recuerdo sin embargo, que su decano suele ser el P. Rabouin, Profesor *de vísperas*, de moral, etc. hombre muy activo, condiscìpulo de algunos PP. nuestros en Niveles, y desde 1866 està en China: forma en este mismo grupo, los pocos ratos que sus ocupaciones le permiten, el P. Estanislao Chevalier, compañero mío de fatigas y trabajos. La mayorìa de estos ambulantes se distingue por su traje azul celeste flamante, coleta de seda y colores europeos, es decir, que son bagos como decimos en Filipinas.

La indicación de algunas ocupaciones de los PP. antes mencionados, harà sospechar á V. R. que hay en Zi-ka-wei mucha variedad de ministerios y gente, como en efecto es asì. Es Zi-ka-wei una cristiandad de grandes tradiciones, en la que actualmente se hallan reunidos los principales establecimientos de la Misiòn. Su origen se remonta á

aquel famoso letrado y mandarín chino *Chiu*, bautizado por el P. Mateo Ricci con el nombre de Paulo. Retirado á estas sus tierras durante el año de luto de su padre, que según las costumbres chinas debìa estar alejado de la Corte, con el P. Cattaneo extendió entre sus parientes y amigos la fé católica que hasta al presente han conservado. Vese aquì en primer lugar la iglesia-parroquia dedicàda à N. S. Padre, de estilo europeo, cuyos planos fueron dibujados por el H. Juan Ferrer, español, escultor de no pequeño mérito. Esta iglesia se levanta cerca del lugar, donde fué enterrado aquel cristiano chino, de que antes hablé; aunque su sepultura à punto fijo se ignora, porque habiéndose levantado una calumnia contra él después de su muerte, debìan ser exhumados é infamados sus restos; pero en sabiéndolo los parientes del finado, simularon alrededor de la verdadera, un sin número de sepulturas para despistar à los ejecutores del Gobierno, y tan bien lo hicieron, que ahora nadie sabe donde està.

Entrando à la derecha de la iglesia, se levanta la casa matríz de la Misión en la que residen el R. P. Superior y generalmente el Sr. Obispo de la regiòn. Es ademàs colegio màximo donde hacen su carrera, no sòlo los estudiantes chinos entrados en la Compañìa, sino también los escolares europeos, que aplicados à la Misión, han venido para aprender la lengua china, al tiempo que estudian ò trabajan en algún colegio. A estos fervorosos Hermanos los tres expedicionarios somos deudores de muchas atenciones, entre las cuales debo contar una bonita y graciosa excursión verificada ha pocos días.

Era día de campo y nos invitaron para ir con ellos à la *campagne* ó casa de campo, distante como media hora: parecìame estar todavìa en aquellos *congés* de Sta. Marìa de Tolosa. Fué nuestro guìa para la ida, el H.([redacted]) Manuel Gracia, español por su patria, portugués por la provincia religiosa à que pertenece, y por la casa que habita, ó lenguas que habla, puédesele tomar por francés ò chino. Con él fuimos por entre una infinidad de ve-

redas, atravesando campos y atajando por todos lados, pues es propio de los celestes ir siempre en línea recta, si no se opone algun notable obstàculo. Vimos la casa, que si no ofrece grandes comodidades, basta al fin propuesto, comimos, y después de haber jugado à lo de costumbre (bolos, y perdì), el H. Gracia nos propuso visitar una famosa pagoda budista que allì cerca estaba: fué nuestro *cicerone* el H. Sherer muy conocedor de los chinos y su lengua, que habla como un mandarín.

Junto à un barrio de lo màs asqueroso, levàntase esbelta una torre de cuatro ò cinco pisos de arquitectura china pura, con sus grandes barandas de esquinas arqueadas al interior simulando el famoso Dragòn. Domina la inmensa llanura de Shanghai, y es la meta que de lejos miran los miserables, que vienen para sus supersticiones. Constituye el lugar venerado un gran cuadrilátero cerrado por el *boncerío*, talleres y otras dependencias destinadas al ridìculo culto. Varios son los templos allì dentro levantados à regulares distancias, y paralelamente construidos; en ellos se honran diversos monigotes tallados en las oficinas cercanas, muchos de los cuales no son màs que desgraciadas imitaciones de nuestras imàgenes: entre ellas vì un remedo de la Inmaculada. Pasar à los pormenores me harìa interminable: allì vimos el comedor de los bonzos, que representa una austeridad suprema, pero de pocos observada, y les vimos también à ellos, algunos de los cuales nos saludaron mostrándose afectuosos con el H. Sherer, que les hablaba, y les vimos luego à todos en comunidad celebrando sus funciones de la tarde. ¡Cuànta miseria en los rostros y en todo! Ardìan numerosas candelitas de color y pebeteros de olor infernal: asistencia ninguna, no siendo la que atrajo la curiosidad de vernos à nosotros, hombres del Occidente. Después de haberse postrado la comunidad, empezó el rezo de una especie de letanías, que rezaban al compàs marcado por los golpes dados á una olla ó campana casi esférica de metal ó madera, figura de un pez mitológico de historia larga. Iban en esto an-

dando uno en pos de otro los bonzos, formando en sus paseos diversas figuras guiados por un principal que llevaba las cuentas semejantes á nuestros rosarios. Hubo de mirarnos demasiado un novicio de pocos años, y mereció del maestro, si mal no recuerdo, un buen coscorrón, ¡pobrecitos niños, cómo les hacen sufrir en sus pruebas!

La monotonìa del canto, el desastroso humo de los pebetes, la vista de la abyección de aquellos infelices, sin duda removieron mi débil estómago, de modo que fué preciso dejarles, y así á buen paso, nos dirigimos al colegio, pero.... ya era tarde. Y volvamos á nuestra narración.

El cuerpo del edificio, que une el colegio máximo con la iglesia, contiene otra comunidad, á saber: la de los seminaristas chinos seculares que con nuestros escolares siguen los cursos de filosofía y teologìa. A este seminario no pasan los alumnos, sino después de haber hecho los estudios correspondientes en el «*Petit Seminaire*» que actualmente está en Shanghai. Como ya dije, el prefecto del Seminario es el P. Ly, literato de veras, y todo es necesario para los seminaristas, á los cuales se les exige para el Sacerdocio un gran conocimiento de su literatura nacional, á fin de que sean por este motivo respetados de sus paisanos, cuando sean sacerdotes.

Pegado al mismo colegio máximo y seminario, tiene su asiento el colegio de S. Ignacio, que de pequeños principios, ha venido á ser un importante centro de instrucción para los cristianos chinos, y aun para los paganos. Los buenos resultados obtenidos de unos desgraciados huérfanos, víctimas de las inundaciones de 1849, animaron á los PP. para los sacrificios que este colegio supone y no han sido vanos. El fin verdadero del establecimiento es educar á los jóvenes cristianos, hijos de padres honrados, en la piedad, de tal manera, que instruidos en la doctrina católica, se impongan en la literatura patria en grado suficiente para obtener los grados académicos. Los que conocen este país, afirman que estos gra-

dos son muy difíciles de alcanzar y es una prueba de ello, que siendo muchas veces más de cuatrocientos los que se presentan á exámen, apenas treinta alcanzan el grado. Y los graduados se aprovechan del caso; porque hacen escribir grandes cartelones, testimonios de su grado, los cuales ofrecen á las personas pudientes en espera de una remuneración, de suerte que el grado, causa de gastos en otras partes, es en China ocasión de ingresos.

Uno de los grandes frutos producidos por el colegio de S. Ignacio, á parte de las vocaciones eclesiásticas, es la edificación que dan los alumnos á sus familias y paisanos, cuando vuelven á sus casas: otros ayudan á los misioneros en las escuelas y catecismos, siendo no pocos un verdadero alivio en la administración de la parroquia. Además de todo lo dicho existe una escuela para los muchachos de la cristiandad de Zi-ka-wei dirigida por dos maestros chinos. Esta escuela, como todas las chinas, es un verdadero *gimnasio fónico.* Figurése V. R. que toda voz es monosilàbica y sujeta á siete tonos, que varían su significación; de modo que el estudio debe ser en voz alta para pillar los tonos, que les da el maestro, y donde hay cuarenta alumnos, resultan cuarenta cantores de oido no muy fino buscando el tono: es cosa divertida. Esos chiquillos dirigidos por sus maestros van todos los dias á la misa, recitando en voz alta las oraciones que resultan un curioso canto à dos coros, monótono comunmente, pero no desagradable, mientras las voces andan al unísono. Tambien son ellos los mayorcitos, los que sirven de monaguillos en la iglesia, y los hay que ayudan á misa maravillosamente, llegando hasta à arreglar el misal. Aquellos tipos de ojos oblicuos con la sotanita roja, el roquete y el birrete chino logran parecer hermosos. El birrete que usan en el altar es redondo, la copa baja y roja protegida por una ala de terciopelo negro, la cual arrancando en la cabeza sube formando un ángulo muy agudo con la misma copa, de modo que su corte vertical presenta un perfil semejante al de

una corona real. Como todo el mundo anda por aquí con la cabeza cubierta en la Iglesia por respeto, los sacerdotes tambien en las ceremonias sagradas, incluyendo la misa, y los H.os para la comunión tienen sus birretes: el de los hermanos es como el descrito: el de los sacerdotes es una pirámide cuadrangular truncada, cuya base superior tiene suspendidos en las aristas unas planchitas de lienzo negro bordado, y colgando del diedro posterior dos largas ìnfulas, las cuales con la barba dan mucha majestad.

Y como quiera que esta carta por el modo de enredarse los asuntos semeja ya un racimo de cerezas interminable, y hay que liar los bàrtulos para el próximo embarque, antes de salir á visitar los edificios del contorno, hago punto final, que otro dia seguiremos.

Con mil afectos para los PP. y H.s de esa Manila, se encomienda en los SS. y OO. de V. R. afmo. en Cristo S.

M. S. M. S. J.

CARTA 5.ª

Abordo del vapor «Saikio Maru» 9 de Enero de 1892.

R. P. Pablo Pastells.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Son las 9½ a. m.: desde las 6 en alas del vapor somos llevados hácia el Japón. Y á fe que nuestro viaje se parece muy poco al del Apòstol S. Francisco Javier. Nuestro buque parece la última palabra de la marina por las comodidades que ofrece: luz eléctrica, caloríferos, camarotes limpios, capaces y bien amueblados, comedor grandioso, una toldilla admirable por lo despejada, en fin, si no viene mareo no puede desearse una cosa mejor.

La tarde de ayer merece un pàrrafo largo. Eran las dos en punto de la tarde, cuando despedidos muy caritativamente por los PP., montabamos sendas chinrikishas, cuyos tiradores chinos en cuarenta y cinco minutos, sin parar un instante, nos trasladaron á Shanghai. Los billetes de embarque estaban tomados y, contra nuestras noticias, nos intiman que el embarque era aquella misma noche. Adelante!... el veterano procurador H. Beauchef nos arregla las cuentas; el risueño H. Enfermero se desvive para escudarme contra el frio; el P. Colombel hace lo posible para presentarme al almirante M. Besnard que al

fin no vimos, el P. Ministro nos procura cuanto necesitamos y nos acompaña el P. Cronillere al buque, y à Hong-Keu donde cenamos. Primer encuentro: Cruz nos ha desaparecido y no puedo imaginar, donde se halle ¿se quedará en tierra? Segundo: entramos en el barco se nos piden los «tikets» (billetes); ¡válgame el Señor! no los tenemos, los hemos olvidado. Corre en su busca el H. Galí dudando si hallarà la casa; por fin, la encuentra y vuelve abriéndonos las puertas de tres espaciosos camarotes *singuli singulis*; pero Juan de la Cruz no comparece hasta que después de haber cenado en el colegio de San Francisco Javier de Hong-Keu llegó corriendo de Yang-King-Pang donde tranquilamente aguardaba el dia siguiente para embarcarse. Por fin, eran más de las 8 p. m. cuando acompañados del P. Louail, Ministro Director del Colegio, tomábamos posesiòn de nuestras «Cabins» en el «Saikio Maru», y saludamos al P. Ferrand de las Misiones extranjeras, destinado á Nagasaki. No tardamos en apagar luces confiando al sueño el cuidado de adelantar la hora de la salida.

Esta mañana he celebrado el santo sacrificio, tal vez el primero celebrado en estos buques: la mar por ahora se riza algo, pero no va mal; Shanghai se perdió ya en el espacio. Me traslado sin embargo allá, para seguir nuestra descripción de Zi-ka-wei, si el tiempo lo permite.

Todo lo descrito en la carta del dia 7 hállase en un mismo recinto, cercado convenientemente. Al salir la puerta, al otro lado del camino à mano izquierda, se levanta otra muralla por cuyo ángulo achaflanado, una puerta abierta nos convida à entrar. Una bonita senda entre arbustos y cañas, nos introduce; à la derecha nos saludan con sus graznidos dos forzudos pajarracos ó águilas, que parecen guardar la puerta, que tienen entre sus jaulas y à la verdad, aquella puerta encierra un tesoro para la ciencia: allí està un numeroso rebaño de ciervos de todos matices, edades y castas, destinados á dar pábulo á la incesante estudiosidad del P. Heude. Pero su ver-

dadera riqueza hàllase en una casita situada enfrente, en la que habita el mencionado Padre: es un importante museo. Muchas son las piezas de exquisito mérito; pero descuellan de un modo singular el sinnúmero de cràneos, mandíbulas y cuernos, clasificados en sus muchísimas variedades, entre las cuales obtienen un lugar distinguido las de Filipinas; no es de menor valía la colección de la familia *sus*. Como los cuadernos que publica el P. Heude llegan à Manila, no me extiendo màs; sólo me resta añadir, por si acaso puede aprovechar algo, el modo de adelantar este museo. No haré màs que traducir. La Misión aplica un Padre al estudio de la historia natural, el cual, durante las tres cuartas partes del año, recorre y explora el territorio de la misiòn y vecinos, coleccionando cuanto hay de importante y curioso para el museo. Los tres meses que el Padre mora en Zi-ka-wei, los emplea en la clasificación de los objetos recogidos. ¿Qué le parece à V. R. el sistema? ¿No daría buen resultado en Mindanao? Padre mío dejo la pluma, pues la casa se mueve mucho y la cabeza afloja; si calma el mar seguiré.

Dia 10. Efectivamente, ayer tarde nada màs se hizo que lo indispensable; con todo, empezamos la lectura de las cartas en que S. Francisco Javier da noticias de su viaje al Japón. Hoy nos tratan algo mejor y hemos celebrado la santa misa el P. Ferrand y yo: por ahora sólo se ve mar y cielo. Por esto volvamos à Zi-ka-wei, donde nos queda aún mucha materia.

La senda, que á derecha é izquierda tiene la vivienda del P. Heude y de su rebaño, termina màs al Sud en un portal cerrado que da acceso al Observatorio. Antes de pasar màs adelante bueno serà situarnos: enfrente, ó sea al Sud, tenemos el Observatorio Meteorológico con sus oficinas del cual nos separa un parterre; à nuestra izquierda vemos el departamento magnético y à la derecha una casita donde està una buena càmara oscura. En el espacio que separa esta casita del Observatorio, hàllanse instalados los termómetros en un abrigo muy bien pensado.

Los bajos del edificio tienen varias salas que ocupan algunos aparatos, la biblioteca, oficina y el gabinete del P. Director. El primer piso està destinado à las habitaciones indispensables, y en la extremidad del O. està colocado el anteojo meridiano. En la azotea tienen su asiento los anemòmetros, anemóscopos y pluviòmetros. Al otro lado de la casa levàntase la torre de 30 metros de altura, que podría perpetuar la memoria del triunfo obtenido por el P. Dechevrens en la Torre Eiffel, cuando demostrò la prioridad de su invenciòn. Hay una muy buena colecciòn de aparatos, sobresaliendo el meteorògrafo del P. Secchi, baròmetro fotogràfico, un buen barómetro Fortin normal, otro de Tonelot y anemógrafo Beckley.

El departamento magnético tiene dos kioskos: uno pequeño para observaciones absolutas, que se verifican con los aparatos Elliot y Dover, y otro grande para los instrumentos de variaciones. Estos estàn de tal modo dispuestos que una misma série da las curvas fotogràficas y las observaciones directas. Dentro y fuera del kiosko pequeño han funcionado varias veces nuestros magnetòmetros Brunner, con el fin de comprobar mútuamente los instrumentos.

Mucho trabajo hay aquì y como en casa poca gente. El P. Chevalier lo lleva, sin embargo, con la abnegaciòn de un verdadero religioso, y con resultados científicos de gran valìa. Actualmente tiene por auxiliar al H. Pablo Tsetsihassi escolar, simpático japonés, que del Seminario de Tokio vino à Shanghai en demanda de la sotana de San Francisco Javier. ¡Ojala sea el precursor de toda la gente!

Vamos adelante, saliendo de ese recinto científico por una puertecita, que al S. O. abre paso fuera de la muralla. Cosa de unos cinco minutos mas al S. encuéntrase el establecimiento de Tu-se-we.

Es éste un extenso cuadrilatero cuyos lados cierran la capilla, habitaciones y oficinas de los moradores, los cua-

les son los huérfanos de la Sta. Infancia con sus directores. Es una verdadera escuela católica de artes y oficios, porque los huérfanos no sólo aprenden à ser buenos cristianos, sino que tambien se dedican al ejercicio de lo que luego les debe dar el pan.

A este fin hay tres oficinas principales, à saber: una imprenta, un taller de pinturas y otro de carpinteria. La imprenta tiene varias màquinas tipogràficas y litogràficas: con ellas se imprimen obras en diversas lenguas, y se publican en chino un periòdico y el Mensajero del Sagrado Corazòn. De esta imprenta se mandan à toda la China, libros buenos à peticiòn de los misioneros. Es ésta la gloria del H. Hersant, quien tiene sus aprendices y oficiales muy contentos con su caridad y celo.

No tiene menor importancia la oficina de los pintores; porque de ella se proveen las misiones de buenos lienzos, adecuados al gusto de los indígenas y conformes con sus costumbres. Hay trabajos muy finos y buen depòsito para atender à las demandas.

La carpintería es una verdadera fàbrica, ya por el número de trabajadores ya por la variedad de obras que se ejecutan. Allí el arquitecto H. Mariot tiene sus delineantes para el trazado de los planos, y allí mismo bajo su inspecciòn, los ejecutan los escultores y demàs operarios. Desde el templo del Señor con sus estatuas y adornos hasta el ataud del misionero, todo se trabaja en sus talleres. Al presente abundan los pedidos, à fin de reconstruir las iglesias y casas destruidas por los chinos, en las revueltas de hace pocos meses. En general los trabajos se ejecutan con instrumentos del país, à fin de que los chinos puedan ser útiles en los pueblos, donde no los hay de otro género.

Ademàs de todo lo dicho existe una zapatería y una sastrerìa donde trabajan buen número de chiquillos, cada uno según sus fuerzas, alternando con las ocupaciones de la escuela y educaciòn cristiana. Dirige toda esa república un Padre auxiliado de otros varios PP.y H.os: pre-

cisamente estos días, el Director P. Chevreuil ha sido trasladado à Shanghai para atender à su salud. Hace 35 años que vino à la misión con augurios de poca vida!!!

Cogiendo y dejando la pluma lleguè hasta aquí: me dicen que se divisa tierra, voy à saludar las avanzadas japonesas. Hasta otra se encomienda en los SS. y OO. de V. R. su último siervo en Cristo.

M. S. M. S. J.

CARTA 6.ª

Abordo del «Saikio Maru.» 12 de Enero de 1892.

R. P. Pablo Pastells.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Ayer dejé en la estafeta de Nagasaki mi carta fechada el dìa 9: al empezar esta debo advertir á V. R. que dejada ya la China, su contenido será el diario del viaje.

Hoy hemos amanecido fondeados entre Moji y Shimono seki: debemos permanecer parados unas cuantas horas para cargar carbòn: el tiempo frío, húmedo, variable y nuboso convida más bien al retiro del camarote, que al movimiento de cubierta, y vamos á la nuestra. Como decìa ante ayer al despedirme de V. R., fuì á saludar las primeras tierras japonesas que se presentaron por el S. de nuestro rumbo, eran las islas de *Loochoo*: al anochecer pasamos cerca de las de Goto, que sólo pudimos distinguir por los varios faros que brillan en sus costas.

A 1 h. á. m. del dìa 11 caìan las àncoras de nuestro vapor en el fondeadero de Nagasaki: mi impaciencia era grande, me asomé á los costados del buque para recibir las primeras impresiones de aquella tierra tan querida. ¡Cuán hermosa se me presentó á la vista! No me hubiera cansado jamás de mirar las numerosas colinas que nos rodeaban iluminadas por una hermosa luna, y las innumerables luces de los barcos y de la ciudad. Tenìa sin embargo que

atender á la salud que buscaba, á la cual nada favorecia el frío de aquellas horas: me retiré procurando descansar hasta saltar á tierra.

Empezaba à clarear cuando Juan de la Cruz vino al camarote acompañando un P. Misionero de Nagasaki, el cual en viéndome me dió un apretado abrazo: me habia confundido con el P. Ferrand. No se enfrió su caridad al reconocer el error, antes por el contrario juntos fuimos en busca de su nuevo compañero, y juntos fuimos á tierra.

En un champan, distinto de los chinos principalmente por su limpieza, màs ó menos abrigado del aire y con un braserito de fuego, nos dirigimos hacia el pantalán. Llegamos à la Aduana; unas pocas palabras que mediaron entre el antiguo Misionero y el Oficial del registro, bastaron para quedar despachados y á los diez minutos nos postrábamos para besar el anillo de Mons. Julio Cousin, Obispo de Nagasaki, que fué el primero que se adelantó para recibirnos. Su sorpresa fué grande al ver que el P. Ferrand no iba solo, y al saber quienes eramos nos colmó de atenciones verdaderamente inmerecidas.

Pasamos inmediatamente á la iglesia para decir la Santa Misa: tocóme celebrar en el altar dedicado á la Virgen Santísima, me la servía un joven japonés con mucha finura; hasta el frío ayudaba á dar à la atmósfera que nos rodeaba, un no sé que inexplicable. Dadas gracias, fuimos presentados à la Comunidad de PP. Misioneros que tienen à su cargo el Seminario y la administración de la parroquia, tomàndonos por su cuenta el muy caritativo P. Salmon, Vicario general y procurador de la Misión. Su amabilidad era muy à propósito para satisfacer nuestras curiosas preguntas, y entre las noticias que nos daba merece especial mención la historia de la Imagen de N. Sra. en cuyo altar celebré el Santo Sacrificio.

Oraba postrado ante aquella imagen el Iltmo. Sr. Petitjean, Vicario apostòlico en una época en que los japoneses no querían someterse todavía à los misioneros por

desconfiar de ellos, cuando se le acerca una mujer y señalando el altar pronunció las palabras «Santa María.» Admirado el prelado contestó afirmativamente: esto bastó para que los japoneses expusieran sus deseos dc instruirse; pero antes quisieron todavía cerciorarse de la legitimidad de los misioneros para lo cual les preguntaron: *si estaban casados y luego quién era su cabeza.* A la primera cuestión fué fàcil dar una respuesta satisfactoria, mas no así à la segunda; ·porque habiendo nombrado al Sumo Pontífice entonces reinante Pio IX, no se dieron por contentos, ni con los nombres de otros varios hasta topar con la palabra *Papa* que era la buscada por los japoneses. Desde entonces el M. R. Petitjean se halló con una grey inesperada de cristianos descendientes de los bautizados por los antiguos misioneros. Por tradición de padres à hijos conservaban las prácticas religiosas en las familias y se bautizaban, y para distinguir à los Misioneros Católicos, esta era la piedra de toque: *la devoción à Sta. María, la sumisiòn al Papa y el celibato:* de aquí las preguntas hechas al Iltmo. Sr. Vicario.

Conversaciones por el estilo, puede V. R. suponer que nos interesaron en grande hasta que con el P. Salmon, fuimos á la ciudad para evacuar un negocio que nos interesaba. Con esta ocasión vimos la concesión europea de Nagasaki y el convento de monjas que cuidan de la Santa Infancia. A la vuelta hablaré de la población con mas conocimiento: por esto hoy no me detengo. El poco tiempo que nos quedaba para volver al barco lo pasamos en la Misión, oyendo á su Iltmo. y otros PP. quienes nos mostraban los puntos más célebres de la historia de nuestra Compañìa en aquella ciudad. Al señalarme el monte de los Stos. Mártires, no sabía apartar de èl mis ojos. Cuando por la tarde nos acompañaron al buque el P. Ferrand y el profesor de Moral, probé de sacar una fotografìa de dicho monte: verémos como saldrà.

Poco tardamos en ponernos en movimiento para salir de aquel hermoso anfiteatro espectador asiduo de las glorias

del catolicismo y de las bajezas del holandés. Dejamos el rumbo de la entrada para dirigirnos hacia el N. en demanda del estrecho donde esto escribo. Como dije el tiempo es malo y sumamente variable; tan pronto vemos el sol como nos rodea la niebla, la lluvia y la nieve!!! El filipino Cruz no acababa de mirarla. Nuestro vapor se halla asediado de varias lorchas de carbòn y los pobres cargadores hechos una sopa: lo curioso es que estos japoneses van abrigados hasta no poder màs, excepto el pecho que llevan abierto á todos los vientos.

La situación de este ancladero es muy hermosa: al S. està Moji, término del ferro-carril de la isla de Kiushiu y al N. està Shimonoseki, tèrmino de la vía ferrea en construcciòn de la isla de Nippon. Distan entre sí las dos estaciones de una à dos millas, y de la primera cargan el carbón los vapores, si mal no recuerdo, à 3 pesos tonelada. Ambas poblaciones presentan muy buena vista à la falda de unas frondosas sierras de poca elevación. Son las 2 p. m. levamos anclas y entramos en el mar interior; mucho me temo que el mal tiempo nos impedirà gozar de sus bellezas: hasta mañana.

Día 14. Como V. R. puede ver, el día 13 se quedò sin una letra, y es que ayer fué imposibie escribir: se convencerà V. R. Amanecimos con un dìa hermosìsimo entre las islas de Owaji y Nippon faltándonos pocas millas para llegar á Kobe. La mar semejaba un lago artificial y el sol, al tiempo que ponìa los claros y oscuros sobre aquel paisaje encantador, convidaba con su bénefico calor à respirar un aire embalsamado. Paramos delante de Kobe á las 9 de la mañana: con el H. Galí corríamos de una à otra parte de la toldilla buscando la ciudad que tanto nos habìan ponderado y volvíamos à fijar en la *Guía* nuestros ojos, y no acabàbamos de persuadirnos de que aquel monton de casitas, que parecìan lindos nidos, albergasen 135.000 habitantes. Pero en fin, teníamos un día entero para verlo y no tardamos en surcar la mar en busca del desembarcadero.

Ya que llegamos al pantalán, por fuerza paguè un tributo debido por gratitud à aquella bendita tierra japonesa, regada con los sudores y sangre de tantos de nuestros antiguos Padres. No he podido averiguar el còmo, pero es lo cierto que subida la última grada de piedra que me colocaba en el pantalàn mis piernas dijeron *nones* y quedéme tendidito besando el suelo, que por devoción debía haber besado ya en Nagasaki. Levantéme ayudado de mis compañeros, y montados en chinrikischas pudimos hacernos entender para llegar à la casa de un amigo, en aquella sazón ausente, por lo cual nos dirigimos á la Misiòn católica.

El activo y simpático P. Chatrón, aunque ignoraba el dìa, aguardaba nuestra llegada y sólo puedo decir de su recibimiento que hizo cuanto la caridad podìa pedir. En torno de una chimenea muy bien alimentada cambiamos impresiones, obtuvimos noticias y se nos pasaron las horas hasta medio dìa en un soplo. Después de la comida propia de un misionero, sacónos el P. Chatròn à pasear; no era de perder el hermoso sol que calentaba aquellas tierras, y el paseo fué verdaderamente aprovechado.

A los pocos minutos nos hallàbamos en el templo Shintoista de Ikuta, primera muestra de la religión de este paìs. Como me han dicho que los templos son todos muy parecidos, otro día espero tener espacio para dar una idea de ellos. Del de Ikuta, sólo diré que fué erigido por la emperatriz Ingó à la vuelta de una famosa expediciòn militar à la Korea de la que volviò vencedora. En este templo, que por su naturaleza carece de otros ídolos, es venerado un caballo blanco, que su historia tendrà.

Apenas andado otro kilòmetro, nuestra topografía cambiò como por ensalmo. Dejamos atrás una playa ligeramente pendiente y despejada, con una población parte europea, parte japonesa sumamente densa, nos encontramos delante una garganta amenísima, entre montes cu-

biertos de verdor, con sus fuentecillas naturales, y poéticas veredas que conducen à otras casitas de recreo, donde en verano, japoneses y europeos encuentran gratos ratos de solaz, amenizados por el grave murmullo de una alta y juguetona cascada. Parecíame encontrarnos entre los picachos del Pirineo. De aquí nos dirigimos al monte *Venus*, asì llamado por haberse allì observado el paso del planeta en 1874. Es el lugar una hermosa plataforma de donde se descubre el inmenso núcleo de poblaciòn desarrollada en la playa de la bahía de Osaka, desde Hiogo hasta Sakai. En el trayecto recorrido vimos el cementerio japonés, en el cual hay una especie de fogón donde se queman los cadàveres: porque entre estas gentes es bastante común la cremaciòn, y por cierto muy imperfecta. Aquí los difuntos que no se queman son enterrados en dos clases de ataudes: la primera es como la nuestra; la otra la constituyen grandes jarras de arcilla donde se coloca el cadàver sentado, de modo que la barba descanse sobre las rodillas: luego estas jarras se meten dentro una caja de madera y todo junto en la tierra donde una piedra, por lo común prismàtica rectangular, indica quien ocupa aquel sitio.

Mientras el P. Chatrón nos contaba estas historias una campana semejante à un esquilòn *sui géneris* amartillaba nuestros oidos. Era un repartidor de diarios. En efecto, un chico de unos 15 años, descubierta la cabeza y desnudos los pies y pecho, metidas las manos en las mangas, bajo el brazo los periòdicos, colgando en la cintura una campana y con la sonrisa en la cara de color rojo subido, era el repartidor que nos seguía, tipo de los de la clase. Cambiàronse con el P. Chatròn unas palabras que por los ademanes exteriores debían ser la nata de la cortesía de entrambos interlocutores. Asì andando dimos con otro templo, cuya deidad era la zorra: poca riqueza manifestaba, mas el número de exvotos y papeles de oración era innumerable, y larga es la distancia que se anda entre los arcos levantados al diablo,

bajo el símbolo de su astucia. Estos arcos consisten en dos arigues unidos sus extremos superiores por una traviesa: su mayor ó menor adorno indica la calidad del que lo levanta.

La tarde había sido aprovechada y aún nos quedaba a'gún tiempo de luz. Lo empleamos haciendo una visita al P. Perrín, situado en el centro de la ciudad japonesa. Su casa es al estilo de las del país: pasada la puerta un jardincito al rededor del cual se levanta el entarimado. Una limpísima esterilla se estiende por las tres ó cuatro pequeñas piezas, separadas por biombos de papel; los zapatos se dejan à la puerta, no hay sillas, ni mesas, ni cosa parecida; cajitas en varios puntos y algunas frioleras màs, es lo que se ve. En una de las salas, la mayor, que dudo tenga cinco metros de lado, reune el Padre á los catecúmenos para sus instruccioncs: si la concurrencia lo exigiese corriendo los biombos la pieza se agranda. Cumplida esta atención nos retiramos, y cuando pensaba yo poder descansar me encontré con un fin de fiesta que no aguardaba.

Mr. Berard, Jefe ingeniero del arsenal de torpederos, catòlico fervososo, no sé porque coincidencia, quiso ayer *velis nolis* que el P. Chatròn le acompañase en la cena; se escusa el Padre con nuestra presencia, y diciendo que à nuestra cena està convidado el P. Perrín.... resultado, despues de varios papeles, correos y corridas, el P. Perrin, el P. Chatròn y nosotros cenamos en casa del Ingeniero. Dios se lo pague y quiera que sea para bien.

Esta mañana el frìo se dejó sentir de lo lindo; me ayudó la misa un chiquitín japonés de 7 años, listo como una ardilla: sus apuros han sido grandes para hacerme notar que subía al altar con la cabeza cubierta, como se acostumbra en Shanghai: al fin lo logrò y tan contento. Despues de escribir y rezar solo nos queda tiempo para embarcarnos. Nuestros paisanos, Sres. Font y Panis, pasaron gran parte del día con nosotros.

Cierro estas líneas saludando à todos mis queridos PP. y H.os de esa y encomendando á los expedicionarios en los SS. y OO. de V. R.

M. S. M. S. *J.*

CARTA 7.ª

R P. Pablo Pastells S. J.

Abordo del «Saikio Maru» 15 de Enero de 1892.

Mi amadísimo en Cristo P. Superior: Empiezo esta carta, que no sé cuando terminaré, para hacer constar que San Pablo no pasò por alto; en la misa y conversaciones del *Triunvirato* se hizo de los Pablos larga mención y parece que nos han enviado ya el aguinaldo dàndonos un dia primaveral. Cielo hermoso, buena mar y agradable temperatura de una parte, y de otra, la deliciosa perspectiva del nevado Fuji y del cercano término de nuestro viaje marítimo. El buque va lleno de gente y los japoneses que viajan, parecen ser gente de buen pulmón: prolongan las sobremesas eternamente, y no se duermen ni dejan à los otros dormir.

Desde que empecé la carta se pasaron tres días, habiéndonos instalado ayer tarde en el 2.° piso del Imperial Hotel de Tokio. Desde Yokohama nos acompañò D. Luis Torres nuestro Cónsul en aquella ciudad, persona muy amable y de notable erudiciòn. El mismo nos presentó al Excmo. Sr. D. Luis del Castillo Ministro plenipotenciario, de quien fuimos recibidos con suma benevolencia. No fué menor la que merecimos de Mons.

Asouf Arzobispo de Tokio, venerable anciano, de caràcter angelical y dedicado à las misiones desde su juventud: à pesar de sus instancias, me pareció deber no aceptar la hospitalidad que nos ofrecía, para evitarle las molestias, que nuestra permanencia debía causarle. Esta mañana he celebrado la misa en la Catedral, à la que iré todas las mañanas.

Los dìas que hemos estado en Yokohama el frío se ha dejado sentir bien, lo cual no nos ha impedido formarnos una ligera idea de lo que es dicha ciudad. Es uno de los seis puertos japoneses abiertos al comercio extranjero y de gran importancia, màs que comercial, política por su mayor proximidad à la capital del Imperio, la antigua Yeddo hoy Tokio ò Tokey. Como en los demàs puertos abiertos puede decirse que existen dos ciudades, una japonesa y otra extranjera llamada concesión, algo semejante à la de Shanghai. La concesi n de Yokohama abarca una gran extensión junto à la playa y una amenísima colina. Esta hàllase cubierta de caprichosas viviendas y aquella de grandes edificios con almacenes y bazares bien provistos. Tiene varios templos protestantes, y sensible es tener que confesar, que superan en magnificencia à la iglesia católica. El espíritu mercantil de los pastores les proporciona, además de los auxilios de su secta, otros medios de levantar magnìficos edificios para sí y para el culto, que forman triste contraste con la modestia de los católicos. Estos días debe inaugurarse otro templo cismàtico ruso en el cual parece se ha derrochado el dinero.

El catòlico està dedicado al Sagrado Corazòn de Jesús, es bastante capaz; pero el temor de los temblores cohibió la gallardía que su arquitectura exige. Poca fué, tal vez por el mal tiempo, la asistencia que observé ayer domingo: es verdad que los católicos extranjeros no abundan, y los que hay fàcilmente hallan motivo de dispensa. Lo que sí admira es el trabajo de los misioneros: vaya para muestra un botoncillo. Ayer durante la misa celebrada à las 9, el P. Procurador tocaba el armonium: llegada la

hora del sermón se subió al púlpito, dió ciertos avisos en inglés y luego predicó en francés: acabado el sermòn siguió con la música y luego me dijo que no había cantado por estar ronco. Esto se repite siempre que es posible, pues de los tres Padres que en la casa viven, el Pro-Vicario suele subir todos los días la colina para celebrar en el convento de las monjas encargadas de la Santa Infancia.

En la ciudad japonesa hay otra capillita para los catecúmenos: ha costado un triunfo obtener el terreno, aun compràndolo à nombre de un japonés, que à un extranjero no lo vendieran. Esta parte de la ciudad, aunque monòtona es bonita: es monótona porque todas las casas se parecen en la altura y forma, y es bonita por la regularidad de las calles, su limpieza y animación. Las casas son de poca altura con una cubierta fenomenal de teja, generalmente negra sentada sobre un lecho de tierra de notable espesor: los muros son de construcción ligera, resultando de la combinación que los edificios se parecen à un hombre de cabeza cargada y débiles piernas para los efectos de los temblores. En esta época muchas casas estàn cerradas; pero dìcenme que en verano todo el mundo puede ser testigo de lo que ocurre en todas. No obstante el frío, las tiendas de objetos comunes no tienen puerta alguna, porque suelen ser de quita y pón y corredizas, como las ventanas de Filipinas.

Las calles son anchas, limpias, rectas y no recuerdo haber visto una desierta: en ellas el movimiento en horas ordinarias es continuo. Entre la gran variedad de tiendas sobresalen las de frutas, zapatos, juguetes y libros: todas ellas se parecen y en todas descuella la limpieza y el arte. Sin duda es esencial en los japoneses el sentimiento del arte: será tal vez casualidad, pero en esas tiendas estàn de tal modo colocados los objetos, que parecen puestos unos al lado de otros del modo más conveniente para que entrambos resalten: v. gr. un cesto de blanquísimos nabos muy bien ordenados juega

à maravilla entre un grupo de remolacha roja y otro de verde coliflor, *et sic de ceteris*. También abundan los expendios de fotografias generalmente iluminadas con tal perfección que con razón se duda de la obra del pincel y màs siendo su baratura sin igual; las he comprado, tamaño tarjeta americana, à 2 céntimos!!!

Apesar de ser Yokohama de tanta importancia, no sé que tiene que no me gusta como Kobe y Nagasaki: veremos qué tal será Tokio.

Una de estas noches oíamos un pito que se nos iba acercando con modulaciones muy melancólicas: ¿qué serà eso, decíamos? y pasó por delante de la casa y se alejò, siempre pitando del mismo modo. Pues era un ciego. Fígurese V. R. un hombre de pequeña estatura, que pocos son los japoneses altos, rapada la cabeza y descubierta, un palo en la mano izquierda y la derecha ocupada con el pito y tiene el retrato de mi ciego. Parece que son pocos los que salen de casa durante el día y de noche se dan à conocer con tan caracterìstica música.

Voy à terminar, pero quien podìa imaginar que mi viaje fuera anunciado anticipadamente à los masones de aquí por los hermanos de Manila. No lo dude V. R.; ayer me decía el Sr. Cònsul que se lo dijo el venerable de la logia, del cual por otra parte sé que es hombre serio: ¡Qué se creeràn ellos?

Otro dìa seré màs largo: hoy me encuentro bastante abatido, entre tanto V. R. ténganos presente en sus SS. y OO.

M. S. M. S. J.

CARTA 8.ª

Tokio 25 de Enero de 1892.

R. P. Pablo Pastells.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: El presente dìa estaba destinado á las observaciones magnéticas, pero el cariz del tiempo nos obliga à cambiar de plan y por esto, en su lugar tomo la pluma. Ocho dìas llevamos ya en esta capital y aunque mucho hemos corrido, nos queda mucho por ver: puedo afirmar sin embargo, que es una ciudad inmensa. No sé si lograré decir lo que de ella entiendo. Suponen las estadísticas que la pueblan un millòn y trecientas mil almas, cifra que darìa la norma para imaginar su portentosa extensión, si no se hubiese que contar con los grandes terrenos no urbanizados, que con frecuencia se encuentran. De aquí el que su àrea se calcula de cien millas cuadradas, y creo que no le parecerà exagerada cuenta, à quien tenga que cruzarla con frecuencia. El Imperial Hotel está situado en un sitio céntrico; no obstante esto, empleamos muy bien diez minutos de correr tendido nuestras jinrikischas para ir à la iglesia y mucho màs de media hora para ir à la Universidad.

Se divide en 15 distritos, situados los restantes al rededor del de Kojimachi, hermosa colina donde està el

Palacio Imperial con sus grandes jardines. Nada puedo decir de su interior, pues la entrada es cosa muy raras veces concedida: de su exterior son dignos de admiración los grandes muros que la rodean, cuya grandeza multiplican las aguas de sus anchos fosos y la corpulencia de los árboles tres veces seculares que los coronan. Los paseos, calles y carreteras de sus contornos muy bien entretenidos, tienen varios edificios á la europea ocupados por oficinas del Estado. Tres son los órdenes de murallas que protegen el Palacio del Mikado, y las inmediatas al hotel en que vivimos son verdaderamente ciclópeas: los bloques de sus esquinas presentan dimensiones estupendas; su labrado desigual y fino hace sentir al mismo tiempo la impresión de lo grande y bello. No lejos del palacio se hallan los terrenos concedidos por el Gobierno à las legaciones extranjeras para sus moradas; algunas son gallardas muestras de arquitectura europea: la legación de España espera una ocasión propicia que la levante del suelo.

Junto al mar hay un pequeño espacio concedido à los extranjeros, y allì existen efectivamente muchos edificios que no se permiten en otras partes. Casi en una misma manzana estàn los templos católico, americano-episcopal y el de la *Union-Church:* allì mismo està el convento de monjas con su colegio y Sta. Infancia.

Al NE. de este barrio arroja sus aguas al mar el *Sumidagawa,* caudaloso rìo que surcan innumerables embarcaciones menores de todo género. Magnìficos puentes unen las dos riberas, y las veces que lo hemos pasado, nuestros *curmans* no cesaban de gritar *¡plaza!, ¡plaza!,* pues el trànsito era portentoso. Llàmase aquí *curman* el japonés que tira de la jinriskischa; son corredores, si los hay, y en general no menos limpios. No como los chinos haraposos, sucios, descalzos, asquerosos; sino uniformados, con sus marcas en las ropas, cotufas en los piés si no llueve; (en este caso hasta el pantalòn se quitan), y cortesìa extremada. Llévanse à veces dos y màs horas de correr sin descanso:

sì al bajar se le ocurre al caballero decirles *arigató,* se andarà el curman tres pasos atràs haciendo reverencias y llegando la frente al suelo. Y los pobres ganan una miseria; por menos de 60 céntimos de peso se puede utilizar un carruaje desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Y aún así, me decìa un P. Misionero, es un acto de caridad acomodarse à ser llevado por un hombre; de otro modo màs de 35000!!! japoneses, en solo Tokio, no sabrían de que comer: y diràn que no hay pobres!

Por una casualidad visitamos dos distritos de junto al Sumidagawa en días de concurso religioso. Parecíame uno de los famosos *aplechs* de Cataluña: el gentío era incalculable, los puestos de venta numerosos y variados: los había de comestibles, de libros, de juguetes, de adivinos, panoramas, titiriteros, y delante del templo un teatro japonés. Parece que en esta tierra, estas dos cosas últimas, templo y teatro, andan muy unidas.

En esta ocasiòn pudimos hacernos cargo del carácter devoto de este pueblo: quedóme muy gravada en la imaginaciòn la escena siguiente. Hallàbamonos en uno de los templos materialmente cuajado de gente, que se movía en todas direcciones: hablaban unos, callaban otros, iban éstos con la cabeza descubierta, aquéllos con el sombrero puesto, aquí entraban comiendo, allí salìan riendo, y en medio de todo este barullo, sin catarse de quien miraba ó venìa ó estorbaba, ya un hombre, ya una mujer se postraban hasta llevar la frente al suelo, y luego, incorporados sobre las rodillas y algo levantadas las manos, daban dos ó tres palmaditas, y volvían á prosternarse y à las palmaditas, según su fervor, levantàndose por fin para depositar su òbolo en el cepillo. ¿Qué significa todo eso? Según me han dicho, la mayoría de los que lo hacen, lo ignoran. Y los pobres parecìan quedar tan satisfechos! Si entendiesen lo que es ser cristiano!

En fin, Dios N. S. es insondable en sus juicios y sabe lo que su Bondad infinita requiere: ¿Cuándo abrirà de par

en par las puertas, para que entren en el redil tantas ovejas descarriadas? Actualmente mucho pierde el caràcter religioso de estas gentes, en virtud del ambiente racionalista, que en las esferas del Gobierno se respira; pero al contemplar los restos de la antigüedad se comprenden perfectamente los entusiasmos que en sus cartas consignó el gran apòstol S. Francisco Javier.

La riqueza de los monumentos antiguos se conoce aún, visitando *Shiba*. Llàmase asì un inmenso parque, donde abundan los templos, ricos bonceríos y gran número de sepulcros de varios *Shoguns*: dicen los inteligentes que aquì se conservan los modelos del arte arquitectónico japonés. El gran templo se levanta en medio de lo que podríamos llamar claustro ó patio, rodeado de un corredor cubierto, apéndice esencial en los templos de los dos cultos principales del país. No lejos, entre vetustos àrboles se levanta una torre de varios pisos, de formas graciosas y sòlida. Las numerosas piezas que forman este templo, como los otros budistas, son el boncerío, la biblioteca donde se conservan los escritos relativos al culto de Buda, el baño donde los niños le remojan y algunos otros apéndices; en su forma poco se distingue de sus *congéneres*, si no es en la perfecciòn de sus esculturàs, riqueza de pormenores y profusiòn de dorados. Hace desaparecer el mal efecto de lo grotesco, la extraordinaria armonía de los colores en el conjunto.

A lo largo de una gran calzada, sombreada por coníferas de diversas clases, se encuentran los sepulcros de diversos pròceres. Esos mausoleos, en los que abunda el arte, tienen tres partes, á saber: patio, templo y detràs la tumba. Una pared separa el patio de la calzada, y al interior forma una galería cubierta. Las rejas de las ventanas que dan al exterior, las constituyen esa infinidad de fantasìas japonesas, que en tan pocas líneas hablan tanto: aquì un faisán que vuela entre las nubes, allà una garza meciéndose en las aguas de un lago, arriba un pàjaro tras una mariposa, una culebra abajo enroscando

un roedor, y así mil otras piezas, que resultan admirables por la gallardía de los colores.

En el patio vense multitud de linternas de piedra levantadas del suelo cosa de métro y medio: constan de una columna en cuya parte superior se halla una especie de vacío abierto donde se coloca la luz.

Al entrar se ve enfrente el templo, cuya grandeza y perfección es proporcional al poder, riqueza y religiosidad del Shogun allí enterrado. A cada lado de la puerta se ve un ìdolo, feróz el uno, riente el otro y entrambos de grandes y grotescas proporciones. Esos dos bichos se hallan á la puerta de todos los templos budistas. El interior de estos templos es oscuro, tienen buenos artesonados y entre multitud de objetos se sienta Buda, símbolo de insensi bilidad y reposo eternos.

La sepultura se halla detràs del templo, señalada por una columna rodeada de una ò dos balaustradas circulares, sencillas, serias y toscas.

Al visitar nosotros este sitio reinaba en él la soledad y el silencio interrumpido sòlo por el graznido de numerosos cuervos y otros pajarracos *ejusdem furfuris*.

Muy al contrario se nos presentó el parque de Ueno, donde bulle la gente amiga de divertirse. Lo atravesamos nosotros para ir á ver el Museo de Educación y la Biblioteca Nacional, que allì estàn. El Museo, muy apropiado para la instrucción de los niños, es completísimo. Abarca desde la lìnea recta hasta los problemas de la Mecànica celeste, y, ya en cuadros ya en otros géneros de modelos, las ciencias y artes, la industria, el comercio y la agricultura, tienen buena representación.

La Biblioteca està muy rica en literatura japonesa; posee códices muy antiguos, y algunos de ellos con pinturas de una delicadeza inimitable. En cambio es una calamidad por lo racionalista, el surtido de libros extranjeros. La mayor parte son de lengua inglesa y alemana, raros los franceses y apenas los hay en otros idiomas.

Esta biblioteca comprende varios departamentos, con estantes bajos y alineados en el centro de las salas, y los

salones destinados à lectura, por cierto muy concurridos, tienen té y en invierno buenas estufas.

La concurrencia de lectores à la Biblioteca indica el afàn de instruirse que domina à los japoneses: los demàs centros docentes demuestran que al Gobierno no le duelen prendas en materia de ilustración. La Universidad abarca un espacio muy dilatado; cada facultad tiene su edificio particular separado de los otros, con sus museos propios, y todo lo conducente à la mejor instalaciòn. Ví el museo de geología y minería riquísimo en ejemplares naturales y artificiales: sobresale una magnífica colección de los aparatos que pueden emplearse en la explotación de las minas. Los gabinetes de pràcticas físicas y químicas estàn bien provistos, y los alumnos pueden dedicarse à su estudio asiduamente. En el Colegio de Ingenieros de Minas està el Observatorio Séismico que dirige el Sr. Milne sumamente complaciente conmigo: tiene mucha variedad de instrumentos, y le faltan algunos que habìan sido mandados à Nagoya y Gifu, centro de los temblores de Octubre último.

El Observatorio Meteorològico depende tambien de la Universidad y ocupa una agradable altura, morada en otro tiempo de uno de los grandes señores que perdieron su poderío en 1868. Hay buena riqueza de aparatos, magnéticos en general bien instalados: los Magnéticos de Mascart fotogràficos también tienen allì su sala bajo tierra, y tanto el Director como el Sr. Wada se mostraron muy afectuosos.

Lo que resulta sensible es que, siendo las distancias en esta tierra tan largas y el dìa muy corto, para todo falta tiempo. Para ver el Observatorio Astronómico hice muchos viajes y à pesar de ir muy recomendado al Sr. Director, no me fué posible dar con él: en cambio presenciamos una escena de costumbres curiosa. Vistos los aparatos, que ciertamente no concuerdan con el empuje científico del Imperio del Sol, salimos para retirarnos, pues estaba el tiempo lluvioso y muy frío. Al montar nuestros vehìculos, habìa desaparecido uno de los *curmans* y ahí de la desesperación del otro. Empieza éste à llamar

primero, luego à correr, ya à la derecha, ya à la izquierda, voceando siempre: mas el compañero no parece. A las voces dadas suceden otras voces, que muestran bien á las claras el sentimiento que le domina por el chasco. Vuelve á las llamadas: parecìame ver à los *regidores de Cervantes*, buscando el asno; y por los efectos, algo semejante debía parecer á los vecinos, pues los oficiales del Observatorio salieron todos à gozar de aquel espectàculo que á mí me tenìa medio muerto por ser la risa inaguantable. En fin, viene el *curman* perdido, se apostrafan cortesmente los dos, y tomadas las respectivas varas, en pocos momentos nos trasladan al Hotel.

Esta carta se empezò utilizando el tiempo que debía emplearse en las observaciones magnéticas, pero no se escribió tan de seguida que no haya habido una interrupciòn afortunada. Porque habiendo observado el día mismo 25 que la tarde prometía ser buena, instalamos nuestros aparatos magnéticos en el centro de un gran terreno desocupado, distante unos cinco minutos del Hotel, y se hicieron las observaciones. La temperatura media toda la tarde, dàndonos el Sol, fué de 7.° sobre cero.

Los resultados muy satisfactorios y sus comprobantes los recibimos aquella misma noche, por conducto del Sr. Wada, en un cuaderno de observaciones magnéticas verificadas años antes en el Japón por comisiones de la Universidad. El tiempo se va poniendo, como temía, malo: para que no nos hallemos sitiados por la lluvia y niebla, pronto emprenderémos la vuelta.

Entre tanto encomiéndome en los S. S. y O. O. de V. R. siervo en Cristo.

M. S. M. S. J.

P. D. Estamos à 28 de Enero: el tiempo que me queda después de algunas despedidas, me brinda para añadir unas lìneas y subsanar una preterición importante. Nada; que se me pasó por alto decir algo à V. R. del grandioso Museo de Ueno: el cual tiene mucho y es capaz de mucho màs. Es un edificio de unos cien me-

tros de fachada, con otros apéndices en torno suyo. Las salas donde los objetos están expuestos se hallan tanto en el piso bajo como en el alto: son amplias, claras y ventiladas. Al entrar, à mano derecha se encuentran las salas que guardan objetos de historia natural y à la izquierda las que tienen efectos industriales, como son: porcelanas, cloisonés, lacas, etc. En la sección botànica llama la atención el òrden con que estàn colocados los objetos para hacer conocer las aplicaciones de las plantas de modo que al tomar v. g. el abacá, se ven la hoja, la fibra, el hilado, la maroma, en fin todo. En el piso principal consérvanse antigüedades, de todos géneros: armas, instrumentos, trajes, muebles, ropas, ídolos, teniendo para nosotros especial interés los recuerdos que de nuestros antiguos cristianos se conservan. Algunos de ellos proceden de los objetos que de Roma llevó la embajada que allá fué en 1614 enviada por el príncipe de Sendai, á cuya familía pertenecían hasta hace pocos años. Las historias japonesas suponen que esta embajada tuvo por fin observar el estado político de Europa: sabido es, sin embargo que fué una prueba de sumisión al Sumo Pontifice. Las principales antigüedades de esta clase son: una pintura al òleo de Hashikura, orando delante de un crucifijo: un documento latino por el cual se concede al mismo, derecho de ciudadano romano: varios rosarios, crucifijos, un pequeño devocionario católico japonés escrito en *havagana:* fotografías de algunas cartas del Papa á los príncipes japoneses, en latin y japonés: varias estampas de santos, algunas grandes medallas con bonitos relieves de la pasión: una pintura de Ntra. Sra. con el Niño semejante à la de Murillo y de S. Ignacio. Estas planchas metàlicas eran las destinadas á ser pisadas por los sospechosos de catolicismo en tiempo de persecuciòn: conocidos son los rumores de que pasaban por esta prueba los mercaderes holandeses protestantes. ¡A donde conduce la codicia! Dejo de enumerar otros objetos y hago punto, que es tarde.

CARTA 9.ª

Yokohama 29 de Enero de 1892.

R. P. Pablo Pastells.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Por la data verá V. R. que estamos ya de vuelta. A las cinco en punto de esta tarde abandonamos Tokio, habiendo tenido el gusto de hallar un buen compañero en la estación. Era éste el P. Le Marechal, Pro-Vicario de Yokohama, con quien fuimos hasta su casa, en la que nos alojamos ya à la ida. Hoy celebré el Santo Sacrificio en la capilla del colegio de las monjas, con música y canto en honor de San Francisco de Sales, gracias al *aumonier* P. Alfredo Ligneul, celoso misionero que me ha prodigado en estos días toda suerte de atenciones. Después de aprovechar unos momentos para arreglar las maletas, fuimos á la Misiòn para despedirnos del Sr. Arzobispo y PP. Misioneros, comimos con ellos, y por la tarde dijimos adiós al Excmo. Sr. D. Luis del Castillo, Ministro de España cerca de S. M. I. Entregónos S. E. los pasaportes para poder visitar algunas poblaciones del interior, los cuales pasaportes son indispensables *unicuique suum*: se piden por medio del representante de la nación al Ministro de Ne-

8

gocios Extranjeros, y en la solicitud deben especificarse todas las poblaciones que se quieren visitar. Aunque había yo entregado una lista bastante regular, nuestro Sr. Ministro tuvo la amabilidad de prolongarla. Me dicen que hay mucho rigor en esto de los pasaportes, y la causa parece ser cierto espìritu de venganza contra los extranjeros que no quieren aceptar ó someterse à la justicia japonesa.

Dia 30. Después de celebrada la misa, nos fuimos en busca de un buen sitio à propósito para nuestras observaciones magnéticas. Lo encontramos, siguiendo las indicaciones del P. Pettier, junto al hipòdromo, en un terreno inculto, abierto hacìa el mediodìa y resguardado del viento Norte, que soplaba fresquito y frío màs de lo necesario. Gracias à estas condiciones del local, terminamos antes de medio día nuestros trabajos, quedando libres para seguir nuestro viaje. Visitamos por la tarde al Sr. Cònsul D. Luis Torres que, con la amabilidad notada por todos los paisanos que le han tratado, nos hizo ver Yokohama y algunas de sus principales tiendas, invirtiendo en ello toda la tarde. Mañana à las nueve de la mañana nos esperarà en la estación para ir à Kamakura.

Dia 4 de Febrero Kioto. Ya ve V. R. que salto por lo menos cuatro fechas, y es que en estos últimos días no hubo oportunidad para escribir, y lo pruebo.

El día 31 fuimos à Kamakura, pueblecito japonés de mucha historia, pues era en otros tiempos la capital del Japòn oriental. Actualmente es un pueblecito que dos cosas tiene notables, y son; el templo de *Hashiman*, dios de la guerra, y el *Daibutsu*. El templo debìa ser cosa muy hermosa, pues asì lo dicen los restos que se ven y el empeño en conservarlos, los cuales forman un conjunto agradable, sobre todo su gran escalinata, remate de una ancha calzada cubierta de àrboles siempre verdes. En este templo guárdanse objetos de guerra de mucha antigüedad y mérito *sui generis*, el cual mérito debìa excitar con frecuencia la codicia de algunos *amateurs*, hasta el punto de

que el Gobierno no permita ver los mencionados objetos sino raras veces. Ignorantes de semejante reciente disposición, nos marchamos con los deseos de ver. Y vimos el célebre *Daibutsu* ò gran Buda, estatua de bronce muy visitada. Me llamò mucho la atención la gran proporcionalidad de su partes, tal que presenta perfectamente el tipo de un buda de primera clase, pacìfico y eternamente quieto. Sus dimensiones son:

Altura (està sentado). . . .	49 1[2	pies.
Circunferencia	97	id.
Ancho de la cara.	8 1[2	id.
Id. de la oreja.	6	id.
Id. del ojo	4	id.
Id. de la nariz.	3 3[4	id.
Id. de la boca.	3 1[6	id.
Diámetro de la *berruga de la sabiduría*	2 1[3	id.
Distancia de rodilla à rodilla. .	35	id.
Circunferencia del dedo pulgar	3	id.

No todo es bronce, pues los ojos son de oro: hay algo de plata, y se puede penetrar dentro de la estatua donde hay una especie de relicario y ex-votos.

Lo cuidan algunos bonzos, los cuales son tan familiares con la divinidad que sacan numerosas fotografías de curiosos sentados en los dedos de la misma. Llamé *berruga de la sabiduría,* á una excrecencia ó grano, que suelen tener entre cejas las estatuas de Buda, y creo que el nombre que le dì es el que comunmente se le da.

Si hubiésemos tenido un dìa sereno y seco, la jornada hubiera sido deliciosa, no solo por lo pintoresco de los panoramas que vimos, sino tambien por los episodios propios de las excursiones en paises de lengua y topografìa desconocidas; los cuales distraen, enseñan y cansan: de modo que en ellos ocurre aquello de «delectando docere», si no vienen con algo de hambre y sed.

En fin, la jornada fué llena, de suerte que justito tuve tiempo para el rezo, y como fin de fiesta, al retirarnos à casa después de decir adiòs al Sr. Cónsul, el Señor nos regaló unos cuantos copos de nieve que blanquearon nuestros abrigos.

El 1.º de Febrero celebrado el Santo Sacrificio, nos dispusimos para dejar Yokohama encontrando apenas de quien despedirnos en la casa-misión. El P. Pro-Vicario estaba fuera, el P. Pitter enfermo y así el P. Mayrand asumiò la representaciòn de los demás, y también su caridad, merced á la cual nos salvamos de un grave compromiso. Porque nos dió abundantes provisiones á las cuales tuvimos que sacar miga todo el día, sin hallar otro medio de entretener el apetito, en màs de diez horas de ferro-carril japonés.

Ciertamente esta vía férrea dista mucho de ser digna de la fama que se ha dado á la civilización del Japòn. Es verdad que tiene buenos puentes; pero la vía en sì es de las estrechas, y no es doble sino en determinados trayectos: tiene repetidas irregularidades en los rails de las que resulta un continuo traqueteo capaz de moler los huesos aun en coches de primera. Los cuales, si ofrecen la comodidad de los caloríferos como los de segunda, en lo demàs apenas son comparables á las segundas comunes ([redacted]) en España.

Al pedir los billetes en la taquilla de la estaciòn para Nagoya, término de la jornada, fuè indispensable la presentación de los pasaportes; una vez exáminados pudimos ir libremente à tomar asiento: el tren que debìa llevarnos venía de Tokio arrastrando un reservado.

Cuando la locomotora arrancò, además de los tres expedicionarios, iban en nuestro coche tres ó cuatro caballeros japoneses y dos señoras; todos parecìan de una misma familia ó muy conocidos, excepto uno que nos siguiò largo tiempo. Esta compañía nos abandonó à las pocas horas, no sin dejarnos un recuerdo de costumbres.

Forma parte del traje que usan las japonesas, una especie de bolsa ó mochila perfectamente adaptada à la espalda: en ella tienen los nenes la cuna que raras veces abandonan. Es tan ordinario su uso que niñas de 6 ó 7 años llevan ya á la espalda à sus hermanitos menores, y con ellos à cuestas, juegan por las calles como si tal cosa, y cuando no hay hermanito que cargar, cargan con un muñeco de trapo. Pues una de las mujeres viajeras venía con el nene à la espalda y à éste se le ocurrió llorar: el modo de acallarle nos divirtiò. Levantóse la mujer y empezó à mecer al niño dando vueltas y cimbreándose sobre sus pies al compàs de una cantinela monótona y mustia, capacísima de dormir los jilgueros. Los efectos para el niño, debían ser los de una larga tortura y para nosotros, los de una pesadilla ligera por lo que tenía de distracción y larga por lo que duró.

Así habíamos ya pasado algunas estaciones, cuando empezamos à notar algo de particular en los curiosos de los andenes: no nos lo explicàbamos. En Sano vimos comparecer una numerosa escuela de niños con sus banderas, y observamos màs gentío, movimiento y colgaduras. ¿Serà la fiesta de este pueblo? En la estación siguiente la misma curiosidad en los semblantes, lo cual aguzaba la nuestra ¿pero á quien podíamos preguntar para satisfacerla? Por fin, en una parada larga, con francés, inglés y mìmica, logramos saber de un empleado del ferro-carril, que venìa en el reservado un Prìncipe Imperial. En Okitsu bajó y desde nuestro coche le vimos acompañado de un caballero japonés de largas barbas blancas, y de algunas damas, mas algún otro chiquillo, pues S. A. no pasarìa de los seis años y necesitaría compañeros para jugar. Los trajes de todos, excepto el del anciano, eran rigurosamente japoneses: las damas iban con sus mochilas y el prìncipe con el cabello caprichosamente cortado. El recibimiento fué respetuoso: desde el coche se veía mucha gente, y señalado con banderas y arcos

el camino que debìa seguirse. No recuerdo haber oido músicas, ni vivas ò cosa parecida en todo el trayecto que viajamos juntos: en cambio las ceremonias de los que se presentaban 6 pasaban delante de S. A. eran notables por la profundidad de los saludos y por la gravedad, soltura y gracia de su ejecución.

Siguiò el tren la marcha recordándonos los paises atravesados, las comarcas del Ampurdán y otras españolas, por el aspecto de las sierras y de los cultivos. A la vista tuvimos toda la tarde el célebre Fuji, cuyas faldas rodeabamos, sin que nos fuera dado un momento completamente despejado para admirar su cumbre cónica cubierta de nieves y elevada sobre el nivel del mar, según algunos, cerca de 12.500 pies.

Eran las 9 h. 30 m. de la noche cuando llegamos á Nagoya, deseosos de encontrar donde reposar y cenar algo mejor que habìamos comido, y asì montados en sendas shinrikischas, nos dejamos arrastrar en busca del «Hotel du Progrès.» La hora no era propia para molestar à los PP. Misioneros y por otra parte el nombre de *Progrés*, es tan seductor y màs si se escribe en francès! Después de mucho correr y recorrer larguísimas calles iluminadas elèctricamente, paramos en frente de una mala puerta y nos enseñaron el rótulo «Hotel du Progrés» que me convenció, por que me creía engañado: entramos, anduvimos una infinidad de rincones, hubo para todos aposentos con braseritos de fuego, y se nos arreglò una cena á la europea. El descanso fué à medias, y nos despertó un temblor más que apreciable.

Dia 2. Me olvidé apuntar que lo primero que al llegar al Hotel se nos pidió fueron los pasaportes, que se llevaron à la policìa. Al ir á decir misa fuimos acogidos cariñosamente por los Misioneros, los cuales nos obligaron à permanecer con ellos y así, dejado el «Hotel du Progrés» de curiosa memoria, trasladamos nuestros reales, y aquella misma mañana hicimos las observaciones. Después de comer, vimos la estación

meteorològica muy bien montada y la población, muchas de cuyas calles estaban cubiertas de ruinas, efecto de los temblores del 28 de Octubre del año pasado. Gracias à ellos, es muy dificil encontrar en los célebres almacenes de porcelana de Nagoya, un par de jarros enteros.

En este día, al dar gracias despuès de la misa, me acordé de un modo particular de los PP. que ofrecían sus últimos votos al Señor. La composiciòn de lugar era muy à propósito para renovarlos con verdadero conocimiento de causa. ¡Una capillita de Misionero en el Japón!!! Figúrese V. R. una sala larga, baja y de unos cuatro metros de ancho, dividida por varios biombos de papel, que se abren según la concurrencia. Los muros que dan à la calle, se levantan como unos seis palmos con cristaleras empapeladas encima hasta el techo: por el otro lado sólo biombos de papel corredizos que dejan paso à una ventilación continua: un altar limpio, mas propio para los pobres, y por último algunos fieles, unos, nuevos cristianos y otros, que han padecido por la fé católica en la persecución de 1868. No es verdad que la situación es bellìsima para oblaciones de mayor importancia, y màs, sabiendo luego lo que cuesta un japonés en nuestros tiempos:?.... de esto hablaremos otro dìa.

Nada màs que dos palabras de lo que vimos en Nagoya. Es una ciudad de las màs populosas del Japòn (162.000 habitantes), célebre por sus fàbricas de porcelana, cloisonnés y abanicos. Ya dije que las calles eran largas, rectas y generalmente limpias. Casi todos los edificios de construcciòn extranjera han sufrido, durante los últimos temblores y también el gran castillo japonés de Nagoya, sitio imperial de recreo.

Entre los efectos de los temblores es curioso el estado de un puente de madera torcido vertical y horizontalmente.

Dìa 3. Celebramos el Sto. Sacrificio, y nos preparamos para proseguir el viaje. Dos japoneses interesantes hay en esta Misión: el cocinero y el sacristàn, el primero cristiano viejo, el segundo recién bautizado; aquel màrtir

en la persecución de 1868, y este guardia de los perseguidos en el camino del destierro. Parece que el Señor le ha premiado la benevolencia con que trataba à las víctimas, obligándole à ser cristiano mediante una enfermedad, de la que no curó en mucho tiempo de cuidados, hasta que al día siguiente de haberse puesto en manos de los Misioneros, se encontrò mejorado y decidido al bautismo, que recibió el día 3 del último Diciembre. A las 10 am. salimos de Nagoya después de habernos preparado para las eventualidades del camino con un almuerzo-comida, que nunca agradeceré bastante al P. Tulpìn Pro-Vicario y al P. Balet; porque la jornada iba á ser pesada. Los pasaportes habían vuelto nuevamente à la policía por habernos trasladado del hotel á la misiòn, y debieron llamar la atenciòn del Jefe, porque, según supimos, hizo muchas preguntas sobre nosotros: parece que el pasaporte nos llamaba *bonzos sàbios*, y esto le azuzaba la curiosidad para saber qué decìamos acerca del terremoto. No sé en que lugar nos dejò su interlocutor, de quien recibimos arreglados los papeles.

Una media hora habìa marchado el tren cuando llegamos à Ichinomiya, donde tuvimos que tomar chinrikishas en lugar de la vìa-ferrea destruida en un espacio que recorrìa la locomotora en cerca una hora. Màs de cuatro nos costó llegar á la estación de Ogaki y el camino era un verdadero cuadro de calamidades. Fuera de las grandes grietas que dificultaban la marcha de nuestros vehìculos, vimos varias poblaciones totalmente arruinadas por los terremotos mencionados y los incendios que les siguieron.

Los puentes destrozados, tenìamos que pasar en balsas los rìos y andar á pié largos ratos para evitar peligros y calentarnos; pues el frìo era soberano, y el sol, aunque lucia con todo el esplendor que le da el medio dìa no nos proporcionaba grande auxilio.

Curioso era encontrarnos con las cuadrillas de trabajadores ocupados en arreglar los terraplenes: la mayorìa de

ellos eran niños y mujeres, cargadas algunas con sus correspondientes crìos, ocupàbanse en apisonar con un pisón de poquìsima base; iban uno en pos de otro en larguìsimas filas, como los cangilones de una noria, pisoneando y andando al compás de cantos, gritos, rısas, lloros, juegos, golpes y todo cuanto conduce á una algarabìa indiscriptible. A pesar de la variedad continua del camino y sus episodios, empezábamos à impacientarnos por lo largo y por el temor de llegar tarde á Ogaki para alcanzar el tren.

A la verdad eran fundados nuestros miedos, porque al llegar à la estaciòn, nos valió la galanterìa japonesa, pues, aunque la campana habìa dado la señàl de marcha, se detuvo la locomotora hasta vernos completa; mente arreglados, con el bagaje y todo en orden. !Mil gracias à su atenciòn! Pero, ¡válgame el Señor! qué tarde nos aguardaba! Por la prisa nos metimos en un coche de segunda clase, y fué una verdadera prueba. Estuvo lleno al poco tiempo y no habìa medio de hallarse uno bien. Sin duda los japoneses en su progreso inesperado, aprendieron también ciertas libertades antifilantrópicas, en virtud de las cuales, al subir al coche un nuevo viajero tenìa que buscarse lugar quitando el mismo los enredos de sobre el asiento ò dispertar à los dormilones que poco se inquitaban, para complacer al prójimo. Delante de mi estaba sentado un *quidam* que en no durmiendo era un movimiento continuo: ahora unas naranjas, luego unas copas de sake ó coñac, después pastas, en seguida cigarrillos y no olvidando nunca el uso de la pipa japonesa para mi molesta en alto grado: y como él eran muchos, habiendo habido hasta su tántico de contienda entre los viajeros y un empleado. Los contendientes hablaban en correcto japonés por lo cual nada entendìa; pero sus ademanes, sus voces y el silencio de los oyentes demostraban elocuencia en los oradores, los cuales al finalizar eran saludados con una estrepitosa risotada. Los japoneses son muy *discurseros*. Mencioné la

pipa japonesa: no puede ser mas econòmica; el tubo tiene de largo un palmo, el fogoncillo es muy pequeño y el total suele guardarse siempre en un estuche. La operación de fumar es cosa de medio minuto: se saca la pipa, se carga con tabaco especial, se enciende, se dan dos chupadas, à lo mas tres, se apaga, se limpia, se guarda y queda el ambiente impregnado de un graviolente vapor, capaz de marear á cualquiera. Y con los episodios propios de tal y tanta compañía llegamos à Kioto antigua Meaco, que tanto codició N. P. S. Francisco Javier. Termino para mandar esta por el pròximo correo, y me encomiendo en los SS. y OO. de V. R. con memorias para todos de su último siervo en Cristo.

M. S. M. S. J.

CARTA 10.ª

R. P. Pablo Pastells S. J.

Abordo del «Saikio Maru» 15 de Enero de 1892.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Cerré mi última carta el día 14 en Kioto, con un tiempo lluvioso y frío, à propòsito para estarse en casa é inútil para nuestras observaciones magnéticas. En dicha ciudad hemos estado todo el día 4 hasta la tarde del 5, y me llevé una muy grata impresión al ir á decir misa. Ya al abrir las ventanas de mi cuarto, me llamó la atención ver enfrente una iglesia de un estilo gótico francés muy correcto; pero por comparaciones con lo visto no podìa persuadirme de que fuera católica, aun cuando me pareciò que allí al lado se distinguía un convento de monjas. En fin, conducidos á la misión catòlica, tuve el gusto de ver que el templo mencionado era el católico y, para mayor consuelo, estaba dedicado à S. Francisco Javier. Es el templo mejor que tienen los católicos en aquel Imperio. En cambio los Misioneros viven con mucha estrechura en una casa, habitación antes de uno de los muchos poderosos ahora caidos: de su antigua grandeza quedan únicamente algunos recuerdos en un reducido jardincito al estilo japonés.

¡Con que entusiasmo hubiera yo corrido aquel dìa por la antigua Meaco, para seguir las pisadas de nuestro santo Apòstol y ver la plaza donde cortaron las orejas à los màrtires y buscar tantos otros recuerdos queridìsimos! No podíamos sin embargo abusar de la caridad de los Misioneros exponiéndoles à un tiempo tan malo y quitàndoles el necesario para sus tareas apostòlicas. Poco por lo tanto podré decir à V. R. de la que fué corte del Gobierno religioso del Japon, y es hoy la tercera ciudad del Imperio por su población. Conserva de sus antiguos tiempos la atmòsfera creada por los miles de bonzos que la habitan y el sinnúmero de templos que se sostienen y aun se levantan. Como en ninguna otra parte, constituyen aquí uno de los artículos màs abundantes en la venta los idolillos de todas formas, así como los exvotos para cualquier gusto. Entre los muchos templos sòlo citaré el llamado de los 33.333 estatuas; no sé si efectivamente este es el número de las que tiene, pero puedo decir que son muchísimas. No nos era muy cómodo entrar en ese lugar sin causar algun disgustillo al bonzo de guardia. La razòn es la siguiente: en esos templos se debe entrar descalzo según lleva la costumbre, à este fin los japoneses no hacen màs que dejar sus chinelas donde mejor les viene; á los que no dejan el calzado, les son presentadas unas babuchas para que puestas en vez de los zapatos *no se profane aquel lugar.* Nunca tomamos las babuchas, pero en esta ocación el mal estado de las calles después de la lluvia, nos puso como puede V. R. suponer, y así no me pareció bien dar una ocasión de enfado penetrando en el templo, contentándonos con alargar el cuello y ver lo que la oscuridad permitía, que era una infinidad de cabezas de varios tamaños y bizarras formas.

El P. Pro-Vicario, á pesar del mal tiempo, quiso acompañarnos, à ver una de las mejores fábricas de porcelana que existen en el Japon donde pasamos mucho tiempo, ya viendo de cumplir encargos del P. Rector del Ateneo, ya examinando los artefactos y los procedimientos de su factura.

Ciertamente la fachada de la casa en que nos metimos no revelaba là grandìsima variedad, multitud y riqueza de jarros depositados en varios almacenes, ni el gran número de cuadras ó salas destinadas á las diversas faenas y fases porque pasa un vaso. En los almacenes dos dificultades hallé: consistìa la primera, en que todo parecía mejor y no habìa medio de preferir unas piezas á otras: y la segunda, en que no se podía andar por allí sin peligro de dar al traste con alguno de tan bellos y múltiples objetos. Los departamentos de trabajo son tres principales. En el primero se comprende todo lo concerniente à la preparación y modelaciòn: en el segundo se encuentran los hornos y en el tercero se decoran y pintan los barros.

Para preparar la pasta se limpia la tierra y se hace pasar por diez tamices: luego por espacio de dos horas se deja en el agua que después de agitada, se decanta suavemente haciéndola pasar por una serie de cinco recipientes en mutua comunicación por medio de tubos. Unas doce horas se gastan en esta operación por la cual se obtienen tres gèneros de pastas: después de reposar en otros depósitos mayores cinco ò seis dìas, se amasan esas pastas de varios modos dejándolas finalmente en un sitio húmedo y sin aire. Para hacer cualquier objeto se empieza por amasar de nuevo la pasta y se lleva al torno, màquina de lo màs primitivo que se conoce. Consiste en un cilindro de un decímetro de altura, cuyas bases vienen à tener como medio metro de diámetro, y la inferior descansa sobre un espigòn, à cuyo derredor gira el todo con mucha suavidad y rapidéz. Colocada sobre el torno la pasta, la mano derecha da movimiento al cilindro mientras la izquierda se ocupa en dar forma y espesor à la pieza, la cual es separada de la masa cortándola con un hilo por la base; asì, según las dimensiones, se pueden hacer de cincuenta á cien objetos cada día. De modo que los jarros de formas regulares y redondas, no tienen más molde que la mano del artista, la cual modela con tanta

facilidad que al verlo nuestro filipino Cruz creía poder hacer otro tanto en llegando à Manila.

Los hornos suelen estar separados é independientes unos de otros: tienen diversas formas según las ciudades y estado de los artefactos, pues se cuecen varias veces conforme el color, brillo y otras cualidades que se pretenden. Hay tal cuidado en alimentar los hornos que en algunas fàbricas, hasta el *baròmetro* consultan para templar el calor.

El departamento de pintores es admirable por el número y calidad de operarios: son muchos y de todas condiciones. Hombres y mujeres, niños y viejos, grandes y pequeños, todos tienen allì ocupaciòn. Uno pinta, otro dibuja, aquel dora, este graba, ese corrige y todos dejan en un trozo de barro huellas del instinto artístico que el Señor concediò à los japoneses, y que todo el mundo admira y poquísimos imitan. El dueño de la fàbrica, no cristiano, aprende el francés que le enseña el P. Pro-Vicario y recibió muy bien unas estampitas que le dí á fin de que sus alegorías les sirvieran de modelo para decorar jarros al gusto católieo-religioso.

No habiéndome sido posible pasar la fiesta de los santos Màrtires en Nagasaki, fué para nosotros un consuelo hallarnos este día en Meaco, de donde salieron los Santos Confesores mutilada la cabeza para el lugar del gran sacrificio. Como pudimos lo celebramos, y no empezó mal encontrando à los PP. Misioneros ocupados en confesar à buen número de católicos, varios de los cuales con sumo gozo mio, fueron los primeros japoneses á quienes administré la sagrada Eucaristía. Teniendo que aprovechar para las observaciones aquella mañana, pues el tiempo ofrecía algunos buenos ratos y no podìamos prometernos buena tarde, no nos quedamos en la iglesia para la misa solemne y lo sentí, porque supe luego que había sido bautizado un adulto con el nombre de Pablo, y presenciar este acto hubiérame sido de una indecible alegría. En fin, hicimos las observaciones en un ameno sitio que nos indicaron los PP. Misioneros, cabe un bonito

rìo, pero todo junto no nos indemnizaba del frìo, viento, llovizna y nieve, que nos visitaron repartiéndose el tiempo con el Sol, que el mal presentò para tomarle las alturas.

Nos habìamos despedido ya de los PP. Misioneros, pero nos habían prometido venir ellos al Hotel y así arreglamos las cosas de manera, que combinando el viernes con la fiesta pudiésemos ofrecerles un sencillísimo agape en honor de los santos Màrtires. Así se hizo; y en acabando, después de una muy afectuosa despedida, fuìmonos corriendo al tren, que en poco tiempo debía conducirnos à Kobe.

La hermosa iglesia de què antes hablé, sufrìo una buena prueba en los temblores de Octubre y por milagro no ocurrió una sensible desgracia. Estaba celebrando la misa en el altar mayor un P. Misionero cuando principiò el terremoto, y desprendiéndose el clavo de la bòveda, cayò al suelo rasando, como quien dice, la cabeza del sacerdote. ¡Dios le guardaba para mayores hazañas! Loado sea El!

En los SS. y OO. de ambas Comunidades y en los de V. R. especialmente se encomienda su último en Cristo siervo.

M. S. M. S. *J.*

CARTA 11.ª

R. P. Pablo Pastells.

Abordo del «Owari Maru» 10 de Febrero de 1892.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Ayer, entrada la noche, nos metimos en el buque donde empiezo esta carta; es pequeño, pero el poco número de pasajeros que conduce, permite al Capitàn, japonés muy simpàtico, continuar las deferencias que nos tiene la Compañía Nippon Yusen Kaisha: por esta razòn nos hallamos bien instalados, ocupando tres camarotes entre los que se cuenta uno especial reservado para el enfermo. Además el salòn de lectura parece un horno y convida à aprovechar el tiempo no menos frío que espléndido. Hemos adelantado un día la salida de Kobe para ganar ocho, porque llegaremos à Nagasaki un dìa antes que el vapor que nos debe conducir á Shanghai, lo cual nos permitirà permanecer dos dìas en la ciudad de los Màrtires, tiempo suficiente para nuestros trabajos.

Desde que cerré la anterior, cuatro dìas van trascurridos, los cuales suministran abundante materia. Ya conoce V. R. á nuestro amadìsimo P. Chatron, cuya caridad y caracter jovial no olvidaré nunca, es muy amante de las ciencias fìsicas y asì su habitación semeja un taller de

mecànico electricista; se desvive por observar los fenómenos celestes y nuestras observaciones magnéticas le entusiasman. El día 6 debìa ser un gran dìa para él: el tiempo se presentaba hermoso para nuestros trabajos y luego tendrìa lugar la conjunciòn de Jupiter y Venus. Nos enteramos por la mañana de las circunstancias de este fenòmeno, y apenas comimos, nos echamos al campo con los aparatos magnéticos. Ofreciéronsenos algunas dificultades en la elección de local, hasta instalarnos definitivamente en el espacioso sitio destinado al *foot-ball.* Fué esto una desgracia, porque habiendo llegado la hora del juego, empezaron á presentarse los *leaders,* vestidos unos de blanco y de rojo los otros y, á pesar de la curiosidad con que miraban nuestros aparatos, dada la señal empezaron à volar las pelotas con prodigiosa energìa por lo que nos vimos obligados á retirarnos por no poner en peligro los instrumentos: las observaciones se terminaron al dìa siguiente,

Vueltos à casa, cuando debiamos observar el fenómeno astronómico mencionado, se nos entró por las puertas nuestro amigo D. Juan Hervàs recien llegado de Manila y puede suponer V. R. que dejaríamos de grado à Júpiter y Venus en sus puestos para oir las nuevas, que de esas tierras nos traía. Debo confesar ingenuamente à V. R. que me encuentro màs encariñado con Filipinas de lo que sospechaba. Después de charlar largamente, dí una ojeada à los *Comercios* venidos y me encontré con la inesperada noticia de la muerte de nuestro M. R. P. General. La sorpresa y triste efecto, que esta nueva nos produjo, corren à la par con el aislamiento en que nos hallàbamos, para tener los consuelos que en estos casos se encuentran en una comunidad. Esperamos con ansia llegar á Sanghai para enterarnos de lo ocurrido.

En esta ocasión, fué para mi un verdadero solaz el haberme sido presentado un jóven norte-americano, excolegial precisamente de Georgetown donde està nuestro P. Algué. Dàbame gozo ver un jòven de buen porte viajando

por esos mundos, sin dejar de cumplir sus deberes de fervoroso catòlico y recordando con fruición los años pasados en el Colegio. Sin duda hubieramos sido compañeros de viaje desde Tokio, donde le ví si hubiese él encontrado alguna persona como en Kobe, que me lo presentara: pues en sabiendo que eramos jesuitas pidió una recomendaci'n á un amigo nuestro para hablarnos: tal vez vaya à Manila, y luego à Manresa.

Con este jóven visitamos la fàbrica de torpedos del Gobierno, cuya dirección tiene el ingeniero francés Mr. Perard de quien hablé en otra carta. Este caballero habìa salido ya del establecimiento cuando fuimos y unos japoneses fueron los que nos condujeron por los diversos departamentos. Los talleres son muy espaciosos, estàn muy bien provistos de máquinas de todo género y es en gran número la gente que allì trabaja. Muchos de los capataces, entre los trabajadores, son europeos, especialmente franceses: de lo qus se deduce, que los japoneses todavìa son aprendices. Esta visita fué corta, porque la tarde era muy poco apacible y la humedad nos era poco favorable, por lo cual nos retiramos à preparar la jornada del dìa siguiente.

Este estaba destinado á visitar Osaka. Vase desde Kobe á Osaka en cosa de una hora de ferro-carril: la vega atravesada es amenísima muy parecida al llano de Barcelona por su esmerado cultivo y por las señas de una pujante industria, que por todos lados dan, los inumerables penachos de humo elevados hasta las nubes. Cerca de la estación està el Museo Comercial, el cual se halla dividido en dos partes: en una de ellas estàn expuestos los artìculos de importación y los de exportaciòn en la otra. Las etiquetas de cada objeto expuesto indican en japonés é inglés su naturaleza, precio y punto de venta, de modo que este museo es un verdadero local de anuncios. Aparte de esto, se ven las diferencias que existen entre las industrias orientales y las occidentales. Aqui me convencì de una idea varias veces repe-

tida por el P. Chatrón, quien sostiene que Osaka fabrica la mayor parte, sino todos los artìculos que nosotros pedimos à Europa. No es extraño, pues, que esta ciudad, siendo la segunda en poblaciòn, es considerada como el primer emporio industrial del Imperio Japonés. A la verdad, las pocas horas que gastamos en ella se pasaron corriendo larguísimas calles repletas de almacenes, y, en las que dan al rio se observaba un indecible trasiego de todo género de bultos. Nos presentamos al Sr. Obispo Mons Midon quien nos recibiò afectuosamente y acompañó á ver la iglesia. Aunque no tiene las condiciones de espaciosidad y belleza que adornan la de Kioto, nos gustò mucho especialmente al arquitecto Sr. Hervas. En los últimos temblores ha sufrido tanto que fué necesario ces rrarla al culto hasta reforzarla por medio de unos tirantes de hierro à fin de trabar unos muros con otros- A esta visita ademàs de los Sres. Hervas y Font asistieron dos ricos comerciantes japoneses, uno de los cuale venía acompañàndonos desde Kobe, y era el otro dueño de unas magníficas fàbricas de cemento y ladrillos. Quise ver estos establecimientos para estudiar si sus productos nos serìan útiles en la construcción de nuestro Observatorio Astronómico y no hay duda que lo serían à no ser los derechos de Aduana. Después de visitados los bien provistos almacenes y los hornos, de una altura y espesor considerables rajados de arriba abajo por los terremotos de Octubre, preguntamos por los precios de los ladrillos; la contestaciòn nos costó mas de media hora de espera. De suponer es que una fábrica, montada en tan gran escala como aquella, esté acostumbrada à vender sus artìculos y que por lo mismo de memoria sepa los precios de venta. Pero es propio de los japoneses oficiar de gran pontificcal: y así empezamos por sentarnos junto á una bien alimentada chimenea, vino luego el té, después se presentaron una tras otra tres muestras de ladrillos, y por último, en el bufete se des arollaron los càlculos de los que resultó quelaramesut

superior podía dársenos por cinco pesos el millar; en Manila cuesta à pfs. 14 ¿Qué tal?

En ir à estas dos visitas y buscar un rincòn en donde tomar un *tente en pié* se nos fué todo el tiempo que teniamos disponible en Osaka. Digo en *ir* porque las distancias como en Tokio son larguísimas con la diferencia de que aquí no encontramos dentro la ciudad terrenos sin edificación. Laνántase sobre el delta formado por el Yodogawa al verter al mar sus aguas: uno de los principales brazos de este río la atraviesa y muchas de sus calles se extienden á lo largo de caudalosos canales, con lo que toma la ciudad algun tanto de Venecia. Mil variados medios de trasportes fluvial y marítimo por todas partes se divisan; abundan los puentes, de madera los más, descollando por sus proporciones y buena construcciòn los tres echados sobre el Yodogawa. Tiene tambien Osaka su concesión para extranjeros, pero solo la ví al cruzarla ràpidamente, abrigado hasta los ojos que era muy frío el viento y capaz de dar tiricia à un ruso. Dìcenme que las dependencias militares de Osaka, la fàbrica de luz eléctrica, el castillo, etc. etc. son cosas muy dignas de conocerse y así lo creo; mas aquella jornada no era elástica y el «Owari Maru» nos aguardaba. Como dije, en él nos metimos despues de despedirnos de nuestros amigos, especialmente del P. Chatrón y otro Misionero enfermo, que del interior acababa de llegar.

El viaje hasta ahora ha sido bueno, agradable y distraido: una mar tranquila como pocas veces, todo el día: cruzando de continuo por entre islas de caprichosas formas y por último al caer de la tarde el interesante estrecho de Onomichi. Un pequeño susto hemos tenido sin que sepa á punto fijo lo ocurrido: únicamente vimos buen número de barcas pescadoras dirigiéndose á un remolino que quedaba á nuestra popa, tal vez el movimiento producido por la hélice volcó alguna de ellas à cuyo auxilio corrian las demàs: asi cerrò la noche.

La madrugada siguiente nos hallò fondeados entre Shimo-

noseki y Moji, muy arrimados à este última costa. En cuanto desayunamos puso el capitan un bote à nuestra disposición, y acompañados de uno de los oficiales fuimos à tierra con el fin de aprovechar la parada para hacer obervaciones mágneticas. Retiróse el oficial, y auxiliados por un grumete japonés buscamos sitio apropósito, emplazamos nuestros instrumentos y todo marchaba viento en popa, cuando en mal hora vino un quidam que nos mando retirar. Hicimos alguna resistencia confiados en los pasaportes, pero nuestro grumete japonés al ver nuestro talante inmutóse empezando á gesticular, hasta hacernos entrar en miedo con darnos à entender por señas que peligraba el pezcuezo. Invocamos la policìa y se presentó un sargento, à lo que creo, de artillerìa, tomó razón de los pasaportes, y como no había màs que entendederas japonesas, fué todo inútil terminando la escena con mostrarnos cortésmente el camino de la playa que hubimos de abandonar sin remisiòn. Llegados abordo tampoco el capitan se explicaba lo ocurrido: bajò á tierra volviendo enseguida à decirnos que fueramos con él à continuar nuestros trabajos en un lugar seguro, que él nos señalò. Y fuimos: pero entonces fué el sol quien dijo nones, siéndonos forzosa la retirada sin tomar alturas.

Como se explica lo ocurrido? *Post factum* muy claramente. Buscando las mejores condiciones para nuestro fin, desde el buque escojimos un morro de tierra que se adelanta más adentro, formando una bonita colina cubierta de pinos y otros mil arbustos, sin que nos fuera posible distinguir otra cosa aun después de recorridas algunas de las sendas que por alli serpentean. Ningún motivo pues, tenìamos para sospechar que nos hubiesemos metido dentro de una zona polémica: no obstante, era asì y además los encargados de la vigilancia militar, sospecharon que andabàmos sacando fotografías de las baterías, lo cual sabe V. R. cuan sagrado es, de aquí todo lo demás.

Mañana dìa 12, octava de los santos Màrtires, Deo

volente, amaneceremos en Nagasaki: en otra seguiré lo que haya que decir. Mientras, queda encomendado en los SS. y OO, de V. R. ínfimo siervo en Cristo.

M. S. M. S. J.



CARTA 12.ª

R. P. Pablo Pastells S. J.

Shang-hai 16 de Febrero de 1892.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: A las cinco de la tarde de ayer saltàbamos del vapor «Saikio Maru» después de cerca de dos dìas de durísimo viaje. Salimos de Nagasaki à las diez de la noche del día 13 con un tiempo inmejorable y la mar tranquila como las aguas de un pequeño lago: mas, á las pocas horas se desencadenó una fuerte nortada con una mar tan gruesa, que las encrespadas olas frecuentemente introducìan el salobre licor por la ventanilla de mi camarote: por todo lo cual nos vimos privados estos dìas de misa y mesa. Buen contrapeso de los buenos días de Nagasaki.

El día 12 antes de amanecer habiamos fondeado en su ancladero, y cuanto antes desembarcamos para decir en la iglesia de los santos Mártires la misa de su octava. Recibidos como hermanos por los Misioneros, la celebré en el mismo altar que en nuestra anterior visita, teniendo así cumplimiento mìs deseos ya que no fué posible satisfacerlos el dìa 5.

No dudo que mi suerte deberá ser santamente envidiada por la mismo ruego à los que esperimenten ese santo efecto, que me ayuden á dar gracias al Señor por tan

inmerecido favor. Un espíritu algo màs dovoto que el mio, tenìa en nuestras circunstancias motivo para elevarse hasta el tercer cielo: al efecto el templo ayuda mucho. Tres naves góticas, la central màs elevada que las laterales prolongadas sólo hasta el presbiterio, forman el cuerpo del edificio. El altar mayor tiene un hermoso y esbelto templete conforme al estilo de la iglesia, destacàndose en el centro la imagen del Redentor en el Calvario. Representa el suplicio de los 26 santos Màrtires titulares de la iglesia un grandioso y acabado lienzo, debajo del cual està el trono episcopal y al otro lado una gran lápida conmemorativa del fundador de la Misión Mons Petitjean. Los otros altares se hallan en las naves laterales y todos son muy devotos.

La fachada es bonita, sigue el gusto que domina en el interior, y la hace resaltar mucho su elevada posiciòn. Enfrente de la puerta principal, sobre un pedestal proporcionado, hàllase colocada Ntra. Sra. del Jap'n. A sus piés termina una escalinata de cincuenta ó màs gradas á cuyos lados frondosas y bellas plantas, entre las que abundan las camelias, hacen ligera la subida y poética la perspectiva.

Ademàs facilitan el descanso tres rellanos, el segundo de los cuales da acceso por un lado à la casa misiòn y morada de Su Iltma., mientras en el otro tiene una gran cruz, que, al tiempo que desafìa el paganismo manteniéndose levantada, à su sombra guarda los restos venerandos de los primeros Misioneros de esta época.

La casa misiòn unida al Seminario levántase á la derecha del que se dirige al templo: es suficiente, pero contrasta su modestia con las moradas de los pastores protestantes que enfrente, algo separadas, se divisan. Detràs de la iglesia existe un pequeno templo de una de las sectas màs infames del Japón: parece que en él los bonzos ejercen mil supercherìas, ó por lo menos tienen allì mucho jolgorio. Todo el tiempo que empleamos en hacer las observaciones, y fué toda la tarde del dìa 12, nuestros

oidòs fueron distraidos por los golpes acompasados y monótonas vóces de las ceremonias de aquel templo, los cuales continuaban aún muy avanzada la noche. Los bonzos que en él viven son de intenciones malévolas, hasta el punto de haber obligado alguna vez à los Misioneros á tomar medidas extraordinarias, pidiendo el auxilio de las autoridades contra sus tropelìas, verdadero escàndalo no solo para los católicos japoneses, mas también para los extranjeros

Por lo que llevo dicho se comprende que la iglesia catòlica y sus Misioneros ocupan un lugar elevado, el cual es muy despejado hacia el Oriente de N. á S.: en la parte opuesta sigue elevándose el monte en cuya falda oriental se extiende la concesión extranjera. Poca es, à la verdad, la importancia comercial que al presente tiene Nagasaki, si se compara con los otros puertos abiertos de que hice mención: y de ahí su menor movimiento, menor extensión y menor riqueza en toda la parte extranjera. Esto no obstante, cuenta unos 55.000 habitantes, y la bondad de su clima, junto con lo abrigado del puerto, mantendràn por largo tiempo la fama que obtuvo en otras épocas, merced à los católicos. En la playa hacia el SE. de la Misión se extiende la población indìgena bulliciosa y animada en unas partes, silenciosa y quieta en otras. Por el mediodìa forma el fondo del paisaje una multitud de colinitas coronadas casi todas ellas por templos y casas de recreo, y del S. al E. se extiende la sierra para nosotros más importante por haber sido sus vertientes el campo en que tantos laureles cosecharon nuestros santos. Imagínese V. R. una montaña de regular elevación en su parte meridional, extendida de S. à N. y en la vertiente que mira al mar, donde tiene asiento Nagasaki, tres colinitas ó mesetas cuya proyección sobre la montaña madre hace poco distintas. Hay ademàs, en donde termina el actual caserío y poco elevada, sobre el camino que por la ribera de un rio conduce à Urakami, otra meseta pequeña digna de atenciòn. Era ésta el sitio des-

tinado antiguamente al suplicio de los malhechores y en él recibieron la corona del martirio el B. Spinola y sus santos compañeros con otros muchos más. Ahora es un zarzal abandonado, no muy espacioso, intransitable, poblado de cañas, rosales y otras plantas silvestres: el musgo cubre las piedras del camino por donde fuimos exponiéndonos à repetidas caidas de las que no nos libramos del todo. Aquí estaban ya colocadas las cruces para los 26 Màrtires, cuando los portugueses obtuvieron del Gobernador que se trasladaran à otra loma, con objeto de levantar luego allì una iglesia á los santos Mártires. Mas no habiéndose levantado la iglesia y sobrevenido las persecuciones, se ignora en cual de las tres lomas arriba mencionadas tuvo lugar el martirio.

El Iltmo. Sr. Obispo y Misioneros estàn empeñados grandemente en esclarecer lo cierto, para adqulrir los terrenos y darles un destino digno. Por ahora es dificil obtenerlo: con el tiempo y auxilios de todo género, no dudo que más tarde se obtendrà. Estos japoneses de Nagasaki han hecho mucho por destruir los restos del antiguo catolicismo: han convertido en pagoda nuestra iglesia de la Asunción, las habitaciones del Obispo en palacio del Gobernador y asì de otras cosas: por algo dice un protestante del siglo pasado que los habitantes de Nagasaki son *les plus débauchés* y màs impúdicos del Imperio.

En cambio Urakami, á muy poca distancia,. es una población casi exclusivamente cristiana y cuenta con unos 5.000 catòlicos, los cuales en su mayor parte han sufrido la persecueión del año de 1868. Otros muchos se supone que cxisten ocultos por estos contornos, de aquellos que recibieron de sus mayores las verdades de la fé; mas no se atreven à presentarse à los Misioneros, porque temen tener que renunciar à ciertos abusos que en sus pràcticas cristianas cometen, y que ellos suponen indispensables para la salvación.

Por esta razón el Iltmo Sr. Obispo activa la canoniza-

ción de muchos de los santos Màrtires para obtener por este medio, como ocurriò con la de los 26, la vuelta al redil de numerosas ovejas descarriadas. Rogòme que manifestase à V. R. sus deseos y, al prometerle yo cumplir sus deseos, creì interpretar los sentimientos de V. R. ofreciéndole el débil apoyo de nuestra Misiòn.

A la vuelta de los sitios antes descritos atravesamos Nagasaki, y en la parte japonesa observé, menos regularidad que en otras partes, pues hay calles bastante estrechas é incòmodas: esto no obstante contrasta su limpieza con la inmundicia de los chinos establecidos entre los japoneses y extranjeros, especialmente en dos templos japonés y chino casi contiguos. No lejos de este sitio està la isla Desima, tan famosa en la historia por ser el único lugar que los holandeses podìan ocupar desde 1637, para ejercer su comercio con tanto perjuicio de la religiòn.

Al llegar à casa después de esa escursión á la *Sta. Montaña*, ya no quedaba tiempo màs que para despedirnos de nuestros muy caritativos y edificantes huéspedes. Después de la cena, S. Iltma. me dió dos bellísimas fotografias de la fachada ó interior de la Catedral dejando yo en sus manos las de las tres estatuas principales de la iglesia de S. Ignacio. Besado el anillo y recibida la bendición, dejamos aquella santa casa cuyos recuerdos no borraràn los años. Acompañáronnos al vapor dos Misioneros, que no nos dejaron hasta que el buque empezaba à maniobrar: eran cerca de las 10 p. m. Al dar esta hora zarpó el «Saikio Maru» y fuimos perdiendo de vista las casas, las luces y las sombras de las montañas de Nagasaki. Ya no pudimos distinguir la roca de *Papenberg* de cuya cima, según algunos cuentan, eran arrojados al mar los católicos confesores.

Retirados en el camarote à las pocas horas empezamos à experimentar el mal tiempo que nos ha tenido rendidos hasta la vista de China.

La casa de Zi-ka-wei està llena de ejercitantes: hace

dos dias terminó una tanda y ayer empezò otra: nosotros quedamos en Shang-hai para estorbar menos.

En mi próxima carta dirè à V. R. el itinerario que nos queda por recorrer, entre tanto me encomiendo en los SS. y OO. de V. R.

M. S. M. S. J.

CARTA 13.ª

R. P. Pablo Pastells. S. J.

Zi-ka-wei 26 de Febrero de 1892.

Muy amado en Cristo P. Superior: Al terminar los ejercitantes de este Colegio, venimos à èl y tuvimos el gusto de ver muchos de los Misioneros del interior que habìan acudido al retiro. El día de despedida fué para mì admirable: todos pensaban únicamente en los trabajos que tenían en los distritos de su cuidado; los peligros, privaciones y continuos contratiempos no les asustan, y algunos hay que al dejar Zi-ka-wei ya no les queda màs recurso que montar en una *brouette*. Muchos me instaron para que les visitara en sus distritos del interior, y yo hubiera tenido sumo gusto en la visita, pero el enfermo con el descanso de los dìas anteriores mejoraba visiblemente, y no me pareció conveniente exponerle de nuevo à las contingencias de los viajes en China por este tiempo muy expuesto à lluvias. Ví, sin embargo, una cristiandad de las florecientes en las orillas del Hoang-pou al otro lado de Shang-hai. Llevòme à ella el activo y amenìsimo P. Crochet Director de la Escuela Municipal, con objeto de visitar á uno de sus maestros chinos que allá tiene su familia

y nos condujeron otros dos maestros chinos con los cuales me entendía en francés. Naturalmente que eran cristianos y, por lo mismo, resplandecía en ellos la jovialidad y franqueza que aun los protestantes reconocen en los chinos católicos, en oposición à la altivez y taimado trato del chino infiel. Cuando nos acercamos al lugar, los hermanitos del visitado corrieron à dar aviso al maestro, que se presentó muy amable y atento, y dispuesto desde luego à mostrarnos cuanto habìa que ver, esto es, la iglesia y accesorios. De la iglesia nada de particular se me ofrece, sino decir que me gustó: en lo restante algo hay que aprender.

Junto à la iglesia suele estar la escuela, (la casa de las *Vírgenes*) y el llamado Kong-su, ó casa destinada al alojamiento del Misionero cuando visita á sus feligreses. (Llàmanse *Vírgenes*, ciertas mujeres chinas piadosas viudas ó solteras de edad avanzada que se dedican al cuidado del templo, à la enseñanza del catecismo y á la propaganda catòlica entre las mujeres infieles. Del resultado de este género de institución hablan frecuentemente las cartas de los Misioneros con elogio, y por lo que he visto y oido son muy bien reputadas las que la componen.) En el Kong-su tiene el Misionero su habitaciòn y el que ví tiene varios cuartos y salitas: durante su ausencia está al cuidado de las Vìrgenes y se mantiene generalmente por cuenta de los cristianos que lo consideran como propio, lo cual, si por una parte es ventajoso, no deja por otra de producir algunas molestias al Padre. Entre ellas no es la menor la siguiente pràctica: cuando el Misionero se aloja en el Kong-su, con dificultad obtiene verse solo en él, y es de costumbre que durante la comida estén presentes los feligreses, á un lado de la mesa los hombres y al otro las mujeres, con todos los cuales mantiene conversación mientras todos se lo tragan à él con las miradas y. , . . paciencia. Algo parecido nos iba à suceder en casa de nuestro visitado, pero el P. Crochet supo declinar el honor. Y vamos à otra cosa.

Sino recuerdo mal, en mis anteriores cartas indiqué ya à V. R. lo que es Zi-ka-wei y que ocupaciones tienen por aquí nuestros PP,: quédanos todavía que decir algo de lo que en Shang-hai se hace, para lo cual conviène trasladarnos à la concesiòn francesa por donde empezaremos. La iglesia de S. José, que en ella se levanta, està destinada màs especialmeete al cuidado espiritual de los europeos y americanos católicos de la ciudad, sin excluir à los chinos católicos de las cercanias, à los que se atiende mucho. La administración de esta parroquia presenta grandes dificultades por la diversidad, é instabilidad de los feligreses que la forman. Para obviarlas en lo posible, todos los domingos se predica el catecismo en chino, y para los extranjeros hay en domingos alternos sermones en francés y en inglés, los cuales idiomas son los màs comunes y entendidos aun de los portugueses macaos que mucho abundan. Para fomentar la pràctica de las virtudes està establecida en esta iglesia la Congregación de la Buena Muerte, la cual tiene sus reuniones ordinarias y un dìa al mes se celebra una misa por los congregantes vivos y difuntos. A esta Congregación se agregan cristianos de otras parroquias, los cuales pueden ganar las indulgencias rezando en sus casas las preces de los congregantes y visitando sus respectivas iglesias. El número de congregantes pasa de 5000.

El templo es de buenas formas y bastante capaz: está dedicado à S. José, cuya imagen se ostenta en el grandioso templete gótico del altar mayor y tiene otros dos altares dedicados al Sagrado Corazón de Jesús y à Ntra. Sra. El cuerpo principal, lo ocupan generalmente los chinos; los brazos del crucero estàn destinados à los extranjeros, que tienen allì asientos propios.

En la concesión americana existe la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, cuyos feligreses en gran parte son portugueses y filipinos que aqui llaman «Manilois.» Estos suelen ser ò marineros, ó músicos de la banda

municipal de la concesiòn ìnglesa compuesta, creo, exclusivamente de filipinos, á los cuales dan por lo menos un peso diario con casa, cama y carbón gratis. Por màs que el celo de los Misioneros se dedique al cultivo de esas plantas exóticas, es dificil obtener de ellas grandes frutos, porque si la generalidad en Manila no entiende el castellano, como entenderà el portugués en Shang-hai? En fin, van á misa, tienen allí su conferencia de San Vicente, y un cìrculo catòlico para recreo bajo la inspección del P. Misionero.

Enfrente de esta parroquia se halla el colegio de San Francisco Javier de construcciòn sólida, esbelta y bien pensada, cuyo fin es atender á la educación de un buen número de jóvenes católicos, que de otro modo se verìan obligados à frecuentar las aulas protestantes y masónicas. Atestiguan el buen nombre del colegio las numerosas familias disidentes y aun idólatras (inter quos algunos japoneses), que confìan à nuestros PP. la instrucciòn de sus hijos. Los estudios no son los académicos sino que se reducen al conocimiento de las lenguas inglesa, francesa y china; nociones de geografia, matemáticas elementales, historia y algunas otras asignaturas de adorno: con lo cual salen los jóvenes en disposiciòn de encontrar un puesto provechoso en el comercio y en las oficinas gubernamentales chinas y extranjeras. Lo dicho no quita que los alumnos que quieran aprender el latín, no puedan hacerlo: pues, hay profesores para ellos. ¡Cuántas veces me he acordado de los jóvenes filipinos que en busca de la lengua inglesa por esos mundos de Dios, pierden las buenas ideas que en sus casas aprendieron! Nada debe temerse de la heterogeneidad de los compañeros, pues, hay mucho cuidado en los Directores á fin de evitar peligros, y el Señor hasta ahora les ha bendecido. Y vamos adelante.

Dentro de los muros de la ciudad china, en el barrio de Tong-kia-tou no lejos del Hoang-pou, hállase la Residencia-seminario y la Parroquia de la Catedral de San

Francisco Javier.- Es un templo bellísimo, de arquitectura jònica y espacioso; fàltale sin embargo el cimborio que debìa elevarse mucho más con que se hubiera completado la luz y hermosura de lo que existe: la falta de recursos obligó à detener las obras. La imagen del titular de este templo y otra del Señor en el sepulcro son dos acabadas esculturas que conservaràn por mucho tiempo la fama de inspirado artista alcanzada por nuestro H. Ferrer. En particular el Señor Sepultado tiene un mérito especial, por presentar el cadàver visible al travès de un lienzo trasparente, todo de madera. Es también notable el òrgano de esta iglesia, por tener muy armoniosos sonidos, siendo sus tubos de caña: quien lo ignora no distinguirá sus voces de las de cualquiera otro órgano metálico.

Los PP. estàn muy satisfechos del fervor de los chinos católicos de esta parroquia: sin embargo, durante los últimos disturbios han pasado buenos sustos y peligros.

El P. Bella-Corte, antiguo discípulo de nuestro P. Medina, es el Vice-rector del seminario; sus alumnos solo estudian humanidades, debiendo pasar á Zi-ka-wei, para los cursos superiores. Al visitar el dormitorio y demás piezas acompañados del P. Rossi, nos edificaban en gran manera las muestras de piedad de los seminaristas reflejada en todas sus cosas.

Ademàs de las mencionadas existe, en la ciudad China de Shanghai, otra iglesia que siento no haber visto, pues es un recuerdo de la Compañìa en el siglo pasado. Desde que nuestros PP. vinieron á esta Misión por los años 1846 habían solicitado que se les restituyese el templo y casas adjuntas, pertenecientes antiguamente á sus pre. decesores mas ofrecía para ello grandes dificultades, el haberlo los chinos trasformado en pagoda. Corriendo los años se desvanecieron los obstàculos, y la pagoda se convirtió en la iglesia y escuela de Lao-tien-tchu-tang á cargo actualmente del P. Marchi.

Los cuatro templos que acabo de citar son à manera

de cuatro grandes centros de acción para el celo de los Misioneros en pertenecer á los cristianos antiguos y catequizar los infieles. En ellos hay establecidas numerosas congregaciones y asociaciones con fines de mucha gloria de Dios, provecho de las almas y auxilio de los Misioneros. Son dignos de notar los que tienen por objeto formar catequistas y maestros, que ayuden à los Misioneros en la evangelización; recoger los chinos enfermos que se hallan tendidos en las calles sin auxilio humano; sostener á los pobres aprendices, que salidos del orfelinato de Zi-ka-wei, se hallan sirviendo en talleres de idólatras: y otras muchas obras de caridad que son las que convencen á los infieles, sin dar lugar à objecciones.

Una buena prueba es de esto el hospital general de Sanghai. Débese éste á una sociedad en 1863 por algunos europeos y americanos, los cuales, aunque disidentes, invitaron à las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul para cuidar de los enfermos de cualquier nación que fuesen. En un principio estuvo en la concesión francesa, pero últimamente se ha construido un buen edificio en la concesión americana, en lugar muy á propòsito cerca el Puente de los Jardines. En este hospital hay camas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, con pensiones muy accesibles y ademàs gratuitas para pobres. Fuera de esto y por su cuenta, las Hermanas han levantado otro hospital cabe el primero, destinado únicamente á los chinos pobres. ¡Que espectàculo tan conmovedor ofrecen à la vista aquellas religiosas, cuidando en una parte de la casa à un potentado y en la otra à un chino embrutecido por el opio! ¡La caridad alcanza igualmente à todos y en todos fructifica. Así es que por término medio mueren bautizados allì anualmente unos 300 chinos y no pocos extranjeros protestantes. Como es natural nuestros PP. visitan con frecuencia los enfermos; pero la dirección espiritual de las Hermanas la tienen los PP. Paules. Tambien los Pastores protestantes acuden algunas veces, pero oì decir á la M. Superiora que cada día frecuentan menos las visitas.

Además de este Hospital, y de los que los M isioneros tienen establecidos en Sanghai y en otras partes, hanse organizado un buen número de una especie de tiendas á la manera de los chinos, en las que se expenden medicamentos, y son un gràn medio de llevar almas al cielo, porque están à cargo de personas de mucha confianza, las cuales no pierden ocasión de catequizar à los enfermos adultos y bautizar, sobre todo, los niños moribundos.

Para esto sirven à maravilla las *vírgenes* de que hice mención y màs aún otras chinas llamadas Presentandinas pertenecientes à la Congregación de Ntra. Sra, de la Presentaciòn, las cuales hacen votos por tiempo limitado, y son destinadas à la enseñanza de las niñas, al cuidado de los hospitales del interior y no toman poca parte en la evangelizaciòn, catequizando à sus paisanas infieles, y bautizando en peligro de muerte.

La formación de las Presentandinas corre á cargo de las madres Auxiliatrices de las almas del Purgatorio de vocaciòn verdaderamente héroica, y hasta ahora muy bendecida del Señor, El carácter y longura de esta carta me detiene la pluma impidiéndome escribir largo acerca de estas señoras, de las que quedé en gràn manera edificado. Su hábito es el de una dama que viste luto con una cruz suspendida al cuello; su divisa *orar, trabajar y sufrir;* su objeto es aliviar en sus penas á las ànimas del Purgatorio, cediéndoles los méritos que pudieran adquirir con el ejercicio de todo género de obras de caridad, hechas gratuitamente. No creo necesario añadir una palabra más, para hacer su elogio.

En la Misión de Kiang-nan las he visto en sus casas de Sanghai y Zi-ka-wei. Las de Sanghai se dedican à la enseñanza de las niñas, principalmente de las que deben recibir una educación à la europea. Enseñan las lenguas francesa, inglesa, alemana, española, italiana y portuguesa: las dos primeras de ordinario, las restantes cuando lo piden las familias. En las demàs ramas de la educaciòn femenina y asignaturas de adorno, no puede pedirse más,

pues muchas de las maestras han sufrido en su pàtria los debidos exámenes. Las educandas internas son en número de 50 y las externas varìan de 110 y 180 entre las cuales hay muchas protestantes.

Junto esta casa, conocida con el nombre de «Institución St. Joseph,» hay otra llamada de la «Providencia», donde son recibidas las niñas huérfanas ò pobres que deben educarse à la europea. En la actualidad son en número de 120, de las cuales 96 son mantenidas completamente gratis. La enseñanza de estas huérfanas es conforme á su condiciòn procurándose en ella disponerlas para ganarse el sustento con la habilidad y trabajo de sus manos. Los mayores forman un taller de costura, bordados y otras labores por el estilo, y no son pocos los encargos que reciben de las señoras de Sanghai. La separación entre las educandas de «St. Joseph» y las huérfanas de la «Providencia» es rigurosa, de modo que solamente se encuentran en la Capilla.

En otro departamento de la misma casa son recojidas las niñas de 1 à 7 años que sus padres europeos *abandonan ó confían* à las religiosas, y por último, tambien tienen ellas à su cargo la escuela china de la parroquia. En esta son dos maestras chinas, las que enseñan bajo la direcciòn de una «Auxiliatriz China», la cual los domingos reune á las mujeres indìgenas para instruirlas. Tampoco falta aquí la botica en la cual la religiosa encargada ha bautizado en cosa de 18 meses 2.790 niños moribundos. ¡Loado sea el Señor,!

Los gastos que todas estas obras ocasionan son sufragados por limosnas recogidas en Shanghai, y dadas repetidas veces por protestantes, que no pueden ver con indiferencia tan hermosas manifestaciones de la caridad.

Ya dije que las Auxiliatrices tienen à su cargo la formación de las «Presentandinas» y en ella se ocupan las que están en Zi-ka-wei. No es sola esta su ocupación, porque tienen además educandas chinas, internas y externas, y el orfelinato de niñas, à las cuales recogen, crìan,

educan y mantienen mientras no hallan donde vivir con garantìas de conservar la fé. Abundan mucho más las niñas en los orfelinatos por el mero hecho de ser más frecuente en ellas, el infanticidio tan comun en China y aún en el Japòn: por esto aquì la Sta. Infancia es tan importante por llevar al cielo tantas almas inocentes, y salvar la vida á un sin número de víctimas.

En lo que llevo escrito tiene V. R. un índice de las cosas màs culminantes que no dudo daràn materia à nuestras futuras conversaciones, cuando llegue à esa mi amada Misiòn. Tal vez tenga ocasión de escribir alguna otra carta: no dejaré de aprovecharla si se me presenta, hasta ahora no encuentro medio de combinar el viaje. Interín me doy por encomendado en las oraciones de ambas comunidades.

Afectìsimo siervo en Cristo.

M. S. M. S. *J.*

CARTA 14.ª

R. P. Pablo Pastells.

Amoy 9 de Marzo de 1892. (Abordo del vapor Haiphong.)

Muy amado en Cristo P. Superior: Dícenme que se aguarda en este puerto al «D. Juan» de hoy à mañana y podrà llevar esta carta mientras nosotros vamos á Hong-kong, para terminar nuestros asuntos. Acabamos de hacer observaciones en el cercado de la casa habitada por el Iltmo. Sr. Chinchón en la isla Kulangen, situada enfrente de Amoy entre c uyas costas estamos fondeados. Tanto del R. P. Cañal, como del Sr. Obispo hemos recibido obsequios de hermanos que en gran manera agradezco. No hemos podido terminar nuestros trabajos hoy por estar cubierto el cielo: á pesar de las nubes el fondeadero este es muy hermoso y la isla de Kulangen cubierta de *chalets* y bonitos jardines pertenecientes à los cónsules y demàs extranjeros, resulta nna monada: la ciudad de Amoy es de lo màs asqueroso. La iglesia està en un extremo, es bastante capaz y se distingue muy bien desde el fondeadero.

Nuestro viaje de Shanghai no ha sido malo sin embargo, de haber tenido sus peripecias. Pasamos hasta el día 2 cin encontrar buque que nos condujera à Foo-

chow, por fin, el vapor chino Hac-schin nos ofreciò un camarote embarcàndonos el mencionado dìa después de habernos despedido de nuestros inolvidables hermanos de Zi-ka-wei y Shanghai. El tiempo era bellísimo, de modo que al acompañarnos el H. Beauchef hubiera pasado buena parte de la noche con nosotros, contemplando desde la cubierta las maravillas de una noche serena y muy templada.

El dìa siguiente no pude celebrar el santo sacrificio por las malas condiciones del buque: el tiempo siguiò bueno hasta la noche, durante la cual empezó el silvato á hacerse oir cada cinco minutos, por hallarse rodeado de niebla. De vez en cuando oíamos otros vapores que alternaban sus voces con el nuestro, y eran màs alarmentes las de los juncos chinos que repentinamente se hallaban en los costados del buque ó en peligro de ser partidos por su proa. La marcha era sumamente lenta, el capitàn no abandonó un instante el puente, y un grumete además vigilaba en la proa. Así, anduvimos hasta las 6 de la tarde: à esta hora cayeron las anclas y permanecimos parado hasta la madrugada siguiente en que, libres de niebla, entramos por el hermoso rio Min en busca de pagoda Anchorage. A la verdad pocas comarcas me han parecido màs pintorescas que las regadas por el Min, hasta Jovchow inclusive. No quiero decir que la ciudad se distinga de las otras poblaciones chinas, pues lo poco que de ella he visto y lo que me dijeron los que la conocen no dà más diferencias que la extensión y poblaciòn, que la hacen una de las prinçipales ciudades del Imperio: tiene màs de 600,000 habitantes.

El Iltmo. Sr. Salvador Masot tiene su residencia en uno de los arrabales junto al río: allí està construyendo un seminario muy bonito conforme á las necesidades de la Misión y tanto de S. I. como de sus hermanos de hábito PP. Moreno, Marín, Masip y Aguirre recibimos inequívocas muestras de caridad ¡Ojala pudiese un día mostrarles con obras la gratitud de que les soy deudor! ¡Cuánta

abnegaciòn necesitan los Misioneros en China! Uno de los mencionados PP. espera terminar la convalescencia que le detiene en Foochow, para trasladarse á su distrito: ¿Sabe V. R. cuánto tiempo le costará el viaje? Treinta dìas de navegaciòn por el río!!! Lo mismo que de España à Manila. El dia 7 por la tarde salimos de Foochow acompañándonos hasta Pagoda Anchorage un caballero à quien fuí recomendado y me dejó complacido en todo. Presentòme al Jefe de la aduana para obtener observaciones meteorològicas y vino con nosotros à Pagoda á presentarme al capitàn Mr. Mc. Innes encargado de hacerlas. ¡Qué noche le ocasioné, vàlgame el Señor! Aúnque él había echado muy bien las cuentas le salieron tan mal que no tuvo màs remedio que pasar la noche màs toledana que darse pueda. Dios N. S. se lo tenga en cuenta y por mi parte no olvidaré yo sus buenos oficios.

En Pagoda-Anchorage permanecimos toda la mañana de ayer muy distraidos, la posición es admirable; se ven muy buenos edificios habitados por extranjeros; sobresalen la aduana, el arsenal Militar chino y varios fortalezas. Ademàs los campos al rededor estàn bien cultivados se divisan varias pagodas en las cumbres y los montes son variados. Dista de Foochow unas nueve millas, y esta distancia no la pueden salvar más que buques pequeños, y aun estos à menudo embarrancan.

No hay tiempo para màs: termino haciendo constar que una de las pagodas de Foochow conserva entre sus ìdolos, una estatua de nuestro célebre Misionero el P. Pantoja. Como no tendré ocasiòn de escribir otra vez me despido hasta la vista.

Saludos à ambas comunidades con cuyas oraciones cuenta su afectísimo en Cristo siervo.

M. S. M. S. J.

CARTA 15.ª

R. P. Jaime Vigo.

Mi muy amado en Cristo P. Provincial: Por fin hemos terminado con el H. Galí y un auxiliar de nuestro Observatorio de Manila, la esçursión higiénica y científica que le anuncié à su debido tiempo. Los pormenores del viaje y sus buenos resultados, los debe ya conocer V. R. por las cartas escritas al R. P. Superior, quien me dice haberlas comunicado à V. R.: por razòn de lo cual, me creo desobligado de fastidiosas repeticiones. Por otra parte las cartas mencionadas, como escritas de prisa, distando mucho de agotar cuanto se puede escribir de edificación de los paises que hemos visitado, empiezo estas lìneas con ànimo de llenar algunos vacìos aunque con mucho laconismo, refiriéndome con frecuencia à lo escrito al R. P. Superior.

En lo cual se vislumbra ya lo floreciente que es la Misión de Kiang-nan encargada à nuestros PP. de la provincia de Parìs. Cuando los primeros Jesuitas llegaron à Shanghai, el día 12 de Junio de 1842, fluctuaba el número de cristianos de la provincia entre 50.000 y 60.000: siendo tan escaso el de obreros que el Iltmo. de

Besí en una carta decìa; «Diez son los sacerdotes, de los cuales cuatro estàn inútiles, asì que los cristianos apenas pueden confesarse una vez cada cinco ó seis años, siendo por esto siempre tibios, siempre ignorantes, siempre disolutos.» En la actualidad, según el catàlogo de 1891, ademàs del Iltmo. Sr, Obispo P. Valentin Garnier, tiene la Compañìa en la Misión de Nankin 107 sacerdotes, 21 escolares, 26 H.os coadjutores y cuenta también con el auxilio de 17 sacerdotes seglares. Los cristianos han aumentado hasta 100.000, cifra muy respetable en sí misma, pero que desconsuela al tiempo que enardece el celo de los Misioneros, cuando se compara con la de 50.000.000 (cincuenta millones) de habitantes que tiene la provincia.

Esto demuestra que la conversiòn de la China es muy dificultosa, no sólo por los obstàculos comunes à toda conversión de idólatras, sino más particularmente por los caracteres propios de la raza amarilla. Por una parte veneran hasta lo increible la memoria de sus antepasados, y à sus gobernantes obedecen ciegamante; por otra los literatos, en gran manera influyentes en el pueblo, con su orgullo inaudito raras veces se dignan oir màs lecciones que las de sus filósofos: de aqui la gran oposiciòn à todo lo que aminore sus tradiciones, por más que sean irracionales: el desprecio del que no conozca à fondo su literatura y el odio à todo lo que no es chino. Esto explica las continuas amenazas de que son objeto todos los dìas los Misioneros en pasquines soeces, à pesar de las reclamaciones que à sus Gobiernos dirigen los europeos residentes en China y de las notas diplomàticas de los Ministros. Nada importa á los chinos interesados en molestar à los misioneros y cristianos indígenas que después de una revoltina, causa de varios asesinatos, casas incendiadas é iglesias destruidas, vengan las naciones extranjeras pidiendo indemnizaciones y castigos: éstos los sufrirán unos cuantos infelices, que se dejan matar con sòlo prometerles un buen ataúd; y aquellos los pagarà el pueblo, el cual,

oido el motivo de los pagos, acrecentarà sus odios primitivos. A la verdad si esa inquina no estuviera azuzada por los letrados de continuo, pronto la apaciguarían los Misioneros con las obras de caridad; porque en medio de todo su barbarismo, los chinos consideran mucho (como ellos dicen) á las *personas que hacen bien* y naturalmente en esta parte se distinguen los católicos. En especial las llamadas Vírgenes y las Presentandinas, lo mismo que algunos fervorosos catequistas dirigidos todos por los Misioneros, obtienen en las farmacias y en el seno de la familia frutos de gran consuelo: porque allí, al tiempo que dan una medicina, ó prodigan un cuidado à un enfermo, le inculcan las enseñanzas de la Santa Religión que practican. Muchas son las conversiones así obtenidas é increible el número de moribundos que han recibido el Santo Bautismo tanto adultos como párvulos. Bien puede decirse que éste es el principal resultado pràctico de las misiones de China, pues, en estos últimos años pasa de 30.000 el total de niños de padres infieles que son bautizados anualmente en la Misión, los cuales en su mayorìa mueren poco después de regenerados. En la cifra anterior van comprendidos los infelices recién nacidos que la caridad rescata de la esclavitud del demonio, y libra de la muerte que sus mismos padres debían darles. Es increible lo muy extendido que està todavía el infanticidio entre esas gentes: sea la miseria ú otra preocupación el móvil, ello es que todos los días las cunas de la Sta. Infancia se llenan.

Las disposiciones tomadas por las autoridades chinas resultan ineficaces, y la propaganda indirecta que los letrados promueven contra semejante barbarie por medio de pinturas y otros medios que hieren la fantasía del pueblo, no impiden la repeticiòn de los crímenes. Por el contrario las enseñanzas catòlicas producen acciones ejemplarìsimas. Hay en Shanghai una mujer china, católica, viuda y rica, que emplea su caudal en libertar esas víctimas. Apenas tiene noticia de que una mujer pobre ha dado à

luz, ò tal vez antes, procura garnarle la voluntad cuidàndola por sí misma; si ve que puede salvar así la criatura no pasa adelante; pero si las circunstancias indican que la inocente debe morir, inmediatamente procura comprarla para llevarla al orfelinato correspondiente.) Ejemplos de este género gracias á Dios no escasean.

Sin embargo esas buenas obras, que miradas con tranquilidad atraen à los gentiles, son una arma que el enemigo esgrime con tenacidad durante los motines predicando al vulgo que los infantes son comprados para utilizar los ojos, el hìgado, en una palabra sus miembros en la confección de las drogas y medicinas que se dan gratis en las farmacias. El año pasado, en varios puntos, alborotadas las masas populares con las anteriores patrañas asaltaron no pocas en busca de niños ínutilizados, que en ninguna parte hallaron, si no es alguno introducido fraudulentamente. (Y nótese que estos protectores de los niños son los mismos que en sus casas pasaràn sin cuidado un recién nacido del seno de la madre al vaso de las inmundicias, donde mueren là mayor parte.)

Ya dejé indicado que el orgullo de los letrados chinos es un gran obstáculo para la evangelización. A fin de removerlo en lo posible, nuestros Misioneros se dedican con ahinco y provecho à la investigación de las letras ó caracteres chinos y llegan à poseer el idioma mandarín, con lo cual obtienen hacerse respetar y la verdadera clave de los innumerables dialectos de las provincias chinas.

A este fin también, en la formación de los sacerdotes indígenas, dan mucha parte al conocimiento de la literatura pàtria para que asì los Ministros del Señor sean respetados de sus paisanos. Este sistema no es general entre los Misioneros de las diversas provincias, pues impone mucho gasto de tiempo que, donde falta personal para lo indispensable, no puede hacerse.

Por otra parte, dicen que es tan sabroso ese estudio que los que le han tomado el gusto se pasan horas y aún dìas sin sentir en la investigación de lo que una letra

significa: por lo cual resulta que la aridez de los principios se convierte en un cebo sobradamente deleitoso. Y dejemos la China, de la cual se sabe con frecuencia pasando al Japòn donde todo es màs nuevo.

Decir lo que actualmente es el Japón tiene sus dificultades, sobre todo debiendo limitarlo à las estrecheces de una carta que ya se va haciendo larga. Por de pronto no hay duda que aquel Imperio se halla en un perìodo de transformaciòn radicalìsima que partiendo del feudalismo màs pujante, corre precipitadamente al màs moderno sistema de gobernar los pueblos. Desde que en 1868 se hundiò el poderío de los Shoguns ó Taicuns y volviò el Mikado à reunir en sus manos el gobierno total del Imperio, una tras otra, se han ido implantando reformas que tienden á destruir lo antiguo y sustituirlo por los progresos modernos. Al poco tiempo de aquella revoluciòn, los señores feudales llamados «Daimios» fueron despojados primero de su tradicional autoridad y luego de la de Gobernadores de sus tierras, que para hacer más llevadero el primer golpe, les habìa conferido el Gobierno del Mikado. Este, dejado su antiguo traje, viste á la europea, y à pesar de la repugnancia del pueblo à lo extranjero se hace de moda todo lo extranjero. Los principales del imperio mandan sus hijos à Europa y á América para su educación, y de Europa y América son llamados militares, profesores y juristas para poner el Japon à la altura de las naciones civilizadas. Y en efecto, el Ejército, la Marina y edificios modernos y aún el parlamentarísmo con sus disturbios y víctimas electorales tienen el aspecto europeo, el cual, si va ó no acompañado de verdadera realidad allá podrà difinirlo quien se atreva, después de oir las razones de los que defienden las contradictorias.

De los japoneses que han salido de su patria para ir à recojer ilustración y costumbres extrañas, la mayor parte han vuelto, como dice quien les conoce, *con las orejas bajas, vacía la bolsa y tan ignorantes como marcharon.* Conozco excepciones muy honrosas del anterior juicio; pero

no es absurdo porque cuantos visitan el Japón convienen en que el pueblo japonés es simpàtico, amable, cortés, alegrè, expansivo y *niño,* en gran manera niño. Con esto quedan dichos los peligros á que se hallan expuestos, aún los verdaderos talentos, en los grandes centros de civilización moderna. Es verdad que el Japón ha dado un salto increible en 20 años; pero esto mismo hace dudar de la solidez de los resultados, los cuales en el terreno moral, son muy distintos de los obtenidos en el campo científico y material. De estos, mis cartas al R. P. Superior pueden dar una ligera noticia, y estàn marcados en la grandiosidad y aparato que dan á los establecimientos escolares, en los gastos ocasionados por el ejército y obras públicas, luz eléctrica, telégrafos, museos y otras manifestaciones semejantes.

De la moralidad aun oficial, darà una triste idea mientras dure, la oposición de las naciones extranjeras à permitir que sus súbditos sean juzgados por los tribunales del Imperio. Un criado que falte al nimio ceremonial debido à su amo en lo màs mìnimo tiene mucha mayor pena que un bribón que atenta contra la honestidad. El siguiente hecho, que me han referido como verdadero, viene à confirmar que el Japón es màs bien *sin moral* que *inmoral.* El japonés no vive sin bañarse á diario, así los establecimientos públicos de ese género abundan y con la mayor sencillez del mundo en una misma pieza se zambullían *ex omni gênere piscium.* Los cotidianos abusos á que la mescolanza debía dar lugar, hizo que una ley mandara poner la *debida separaciòn* entre el baño de los hombres y el de las mujeres. Al instante se cumplimentò la orden, de modo que á la media hora en todas partes podía haber la debiba separación mediante una sencillísima caña. Con lo dicho no extrañarà V. R. que aun sea costumbre el infanticidio y la venta de niñas, no solo para las llamadas *casas de té,* sino tambien para proveer los puertos del extremo Oriente.,

A la verdad, no sería yo el primero en ver un borrón

sobre el porvenir del Japón: porque dificil se hace conducir un pueblo sin sentimiento de moralidad, al cual se hace correr por todos los progresos materiales sin educación religiosa. Las clases elevadas é instruidas no tienen ni fé, ni religiòn: los japoneses educados en el extranjero comunmente vuelven indiferentes: el gobierno agobiado por los gastos que las reformas le han impuesto, se apodera de los templos budistas y los destruye so pretexto de fomentar el Sintoismo, que es la primitiva religiòn del Imperio: el cual actualmente más bién profesa la negaciòn de toda religión y la abolición de todo culto, porque en 1884, suprimió la dotaciòn de las religiones del Estado, dejando à la piedad de los particulares el sostener los templos. Y esta piedad falsa ¿hasta donde llegarà? Que el pueblo japonés tiene un buen fondo, lo prueban sus prácticas constantes, bien que superticiosas. Oì decir que se pierde la religión de ese país (ojàla sea pronto), que ya no son más que las mujeres y viejos los que saludan al Sol en su salida y ocaso, que se ora poco y sòlo cuando alguna necesidad apremia y otras mil cosas por el estilo. ¿Que significa esto? Entre otras cosas puede significar que la persuasiòn y vergüenza que la gente ilustrada debe tener de las tonterìas del culto idòlatra junto con su indiferentísmo va cundiendo.

Si serà esto un obstàculo para la propagación del Catolicismo, Dios lo sabe y en El debemos confiar que no lo será, porque si bien es verdad que el Señor resiste à los soberbios, no lo es menos que da su gracia à los humildes y en el Japon *hay muchos humildes*. Es una confirmación de lo dicho el siguiente hecho del cual puedo llamarme testigo. Hay no lejos de Nagasaki unas islas pequeñas muy pobladas llamadas Oshima, cuyos moradores han vivido hasta el presente poco menos que sin idea alguna religiosa. Propuso á sus paisanos la autoridad equivalente á nuestros alcaldes, llamar maestros de diversas religiones para escoger la que mejor les pareciere y

al efecto fueron citados un bonzo japonés y un pastor protestante. Las doctrinas del bonzo no satisficieron y el protestante queriendo aprovechar el viaje, se detuvo algunos días en otro pueblo retardando asì su visita. En esto, el Misionero católico P. Ferrié E. M., no sé como llegó á Oshima, propone á los principales reunidos los principios de la Santa Fé y les pareciò todo muy bien: de suerte que al llegar el Pastor, enterado de lo ocurrido, no se dió por ofendido; antes por el contrario, dijo à los isleños que pues habìan gustado de la explicación del Padre, que continuaran con él mismo y se marchó ofreciéndose à volver si en adelante cambiaban de parecer. Lo que habrá ocurrido después no lo sé, pero cuando nosotros salimos de Nagasaki eran mas de 500 los jefes de familia que habían firmado un compromiso de oir la doctrina catòlica. Por desgracia no son asì todas aquellas islas y la propagación del catolicismo se bebe hacer regando aquella viña con mucho sudor.

No lo escasean los PP. de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Parìs, que le tienen à su cargo desde que en 1846 fué instituido el vicariato apostólico del Japòn por Gregorio XVI, y nombrado su primer Vicario al Iltmo. Sr. D. Agustin Jorcade. Cerradas, sin embargo, continuaron para los Misioneros las puertas del Imperio por más de 20 años, hasta que en 1858 con la libertad de comercio fué concedida à los extranjeros la de la religión en algunos puertos. Facilitada así la comunicaciòn del Misionero con los japoneses, aunque sobre ellos pesaba todavía la prohibición de abrazar el catolicìsmo, tales frutos se obtuvieron que decidieron á Pio IX à proveer el Vicariato vacante por dimisión que de él hiciera antes el Iltmo. Sr. Forcade, en el P. Bernardo Petitjeán de la Sociedad de Misioneros citada. Después que el nuevo Vicario se hubo hecho cargo de su destino, se desencadenò sobre los catòlicos japoneses una cruel persecución, alguna de cuyas vìctimas hemos tenido el gusto de conocer. Y en este caso aquellos católicos

no desmerecieron de sus antepasados, sufriendo algunos la muerte y otros muchos, càrceles, suplicios y destierro. Por este tiempo, no obstante tener los extranjeros terrenos concedidos en Tokio y Osaka, no pareció prudente abrir en esos puntos capillas para el público.

Apaciguadas las pasiones polìticas en 1873, los trabajos de los Misioneros fueron cada dìa màs fecundos, siendo una prueba de ello que à los 3 años se dividiò en dos el Vicariato apostòlico del Japòn y de ellos en 1888 se formaron tres. Ultimamente se ha establecido en el Imperio la Jerarquía Eclesiàstica, constando del Arzobispado de Tokio, y de los tres Obispados de Hakodate, Osaka y Nagasaki. Este paso ha sido muy del agrado del Gobierno Imperial, que ve en él una distinción honrosa dispensada à la ciudad del Mikado por el Sumo Pontífice y mostrò su complacencia felicitando al nuevo Sr. Arzobispo Iltmo. Sr. Osouf.

El número total de catòlicos que tienen las cuatro diòcesis està comprendido entre 40.000 y 50.000 aumentando todos los años este número gracias al celo de los PP. Misioneros, que no dejan de tomar todos los medios que estàn à su alcance para cumplir según su ardentìsimo celo, la misiòn que el Señor les ha confiado. Existen en primer lugar dos seminarios, uno en Tokio y otro en Nagasaki para la formaciòn de sacerdotes indígenas, y se han fundado últimamente dos colegios en las mismas ciudades para la enseñanza superior à cargo de los PP. Maristas. Siguen luego un sinnúmero de escuelas para niños y niñas, de las que suelen estar encargados maestros indígenas. En esta parte la ley de instrucciòn, indirectamente les es muy perjudicial porque ordenando que mientras estàn abiertas las escuelas gubernamentales estén cerradas las otras, obliga à los particulares à abrir sus aulas en las horas más incòmodas de lo que debe resultar poca asistencia.

Además existen numerosos orfelinatos, algunos hospitales y asilos repartidos por los obispados que producen be-

neficios semejantes à los obtenidos en China. En todas esas tareas no falta á los Misioneros quien les preste auxilio. Para ello estàn las religiosas del Niño Jesús y de S. Paul de Chartres, en su mayoría europeas, no faltando algunas japonesas; están los catequistas y maestros que diligentemente instruidos prestan grandes servicios, están un buen número de mujeres piadosas reunidas en seis comunidades, sin ningún género de votos, que, viviendo del trabajo de sus manos, se dedican á catequizar y enseñar y están por último las limosnas que de los cristianos extranjeros se reciben, las cuales son de suma necesidad. Porque á la verdad, si no supiéramos que no son indispensables los medios humanos para la propagación del catolicísmo, dudaríamos de que pudiera obtener como obtiene mejores resultados que los cismático rusos y sectarios protestantes de varias menas, cuyos templos y moradas opulentas contrastan notablemente con la modestia de los católicos.

Fuera de las molestias propias de la pobreza apostólica, dos son, entre otras las principales mortificaciones, que continuamente pesan sobre los Misioneros: las conferencias y los pasaportes. Estos les son indispensables para visitar los distritos; en algunas provincias se los dan valederos para un período determinado de tiempo, en otras no; haciéndose por lo mismo necesario solicitarlos *toties quoties*. Las conferencias para los catecúmenos se convierten en mortificativas porque la calma de los japoneses en las preguntas y dificultades que proponen á los Misioneros no reconoce límites, dàndose muchos casos de disolverse las reuniones muy avanzada la noche, después de tres y màs horas de sesión. Hàcense más enojosos esos conclaves, gracias à las pausas de silencio que median entre las diversas cuestiones, y por el género de dificultades propuestas, las cuales, como en tiempo de S. Francisco Javier, siendo muchas veces màs fútiles que sólidas, no se prestan à una contestación séria y categórica, y así exigen mucho conocimiento de lo que es el caràcter japonés para su satisfacciòn.

En medio de todo sucede aquí también que según los dolores son las consolaciones, y no debe ser la menor para los prelados y apóstoles de aquellas benditas regiones, después de los frutos visibles que obtienen, observar el espíritu de caridad y celo apóstolico que los une entre sì y les dà fuerza de voluntad para perseverar constantes entre tantos peligros, aun después de perdida la salud, no teniendo votos que à ello les obliguen.

Y puesto que así lo lleva lo dicho, mi amado y Rdo. Padre, termino esta carta haciendo constar que tanto el H. Galí como el que suscribe, no tenemos palabras para expresar la edificación que nos han dado los PP. Misioneros de la China y del Japòn, y rogamos à V. R. y à todos los PP. y H.os que esto leyeren que, al ayudarnos à dar gracias à Dios por todos los beneficios que durante el viaje hemos recibido, en especial se acuerden de pedirle por mediación de los Stos. Màrtires Japoneses, bendiciones sinnúmero para los Misioneros, en pago de la gratitud que les debemos.

En los SS. y OO. de V. R. queda encomendado su último en Cristo siervo.

M. S. M. S. J.

Manila, 25 de Marzo de 1892.

A. M. D. G.

